

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 21 de Mayo de 1899.

Número 21

LOS ALPINISTAS.



UN EPISODIO TRAGICO.

(DE UN APUNTE DE DORE.)

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Había en otro tiempo un celeste enemigo de los espectáculos públicos: la lluvia. En Mayo, á más tardar, comenzaban sus conspiraciones.

Ya desde la tarde, poco antes de que se ocultara el sol, fragmentos de nubes manchaban las livideces del crepúsculo. Se mostraban síntomas alarmantes de revolución en el cielo. La conspiración, por más que fuese lejana y silenciosa, se dejaba adivinar.

Aquellos inusitados cambios de forma de los celestiales vagabundos, infundían en el ánimo contemplativo la trágica emoción de los grandes sucesos.

Y era de ver cómo las nubes, en vuelo rápido, pero mudo, asistían á las juntas secretas, á los *meetings* que se celebraban en algún rincón del horizonte.

Y se aglomeraban hasta hacerse una masa compacta, hasta fingir montañas color de sepia, escarpaduras lúgubres, acantilados sombríos.

Se fraguaba el golpe; se discutía el proyecto. Alguna imprudente, en un frenético arrebato de entusiasmo, dejaba asomar en la lobreguez de su seno, inquietos áspides de oro—las puntas de sus relámpagos. Sí; venía armada. Pero las otras, las juiciosas, las expertas, se apresuraban á apagar el brillo arrojando sobre él la orla pesada de sus mantos. El trueno estaba amordazado; apenas si podía gruñir sorda y débilmente; este Hércules fatuo, todo lo echa á perder con sus fanfarronadas prematuras.

Y las nubes hablaban en voz muy baja; y yo oía el rumor de sus cuchicheos:

—¡Chist!—decían—interesan la discreción y el silencio. Es preciso que el plan que concebimos no fracase por charlatanería imprudente. Imitemos á los habitantes de la Ciudad. ¿Veis? ¡Cuán tranquilo! No hay que fiarse: son máscaras que se ponen los espíritus malévolos para inspirar confianza. Así hagamos nosotras. Tendámonos á la falda de los volcanes para no empañar la nieve de las cumbres; escondámonos tras de los cerros que circundan el valle; hagámonos girones opacos, bordaduras con reflejos turqueses en las verdiosas lejanías, derramémosnos en la atmósfera, poco á poco, sin dejar sospechar nuestras intenciones. Ya sabéis, cuidado con faltar! A las siete de la noche, sobre el cerro de Guadalupe, al Norte. Todas armadas y que Dios nos socorra.

Hoy no hay enemigos celestes. Los teatros hornos de cremación—vuelven ceniza las carnes de los espectadores.

La zarzuela por tanda triunfa; decididamente es feliz. Ha hecho al cielo aliado de sus triunfos.

* * *

Ayer hablábamos de los niños criminales: hoy, por los sucesos de la semana es bueno divagar un poco sobre las mujeres delincuentes.

Los recientes delitos femeninos me recuerdan, por no sé que asociación de ideas, el fotograbado de un célebre cuadro parisiense: *Un lance de honor*.

De seguro que ustedes lo han visto en los aparadores de Pellandini. ¿No se acuerdan de aquellas dos esgrimistas colocadas la una frente á la otra en una guardia clásica que les permite lucir la morbidez de un torso desnudo y los airosos desgaires de una falda recogida con exquisito gusto? Son dos rivales, dos furias que arden en deseos de venganza, que ponen el gesto escultórico de la ira, sobre su gracioso semblante, empolvado y perfumado de antemano, á fin de que la cólera no lo descomponga del todo, que tienden el brazo, modelado en los que perdió la mutilada sublime, para buscar con la punta del florete el perdido corazón de la enemiga, y que, en *desplantes y paradas*, cuidan, antes que todo, de hacer resaltar la plástica de sus contornos, sin poner en ridículo la estética.

Los corsés, los sombreros, los abrigos ruedan por el suelo en artístico desorden, y en los rizos de las nuca húmedas por la fatiga, tiemblan las gotas de sudor como un hilo de brillantes enredado entre los cabellos.

Hace años que *Un lance de honor* entretuvo á los desocupados de Plateros, por lo que el cuadro tiene de pornográfico y de frívolo, dos elementos característicos de la producción artística francesa.

Pero dentro de esa frivolidad y esa ligereza se esconde una crítica. ¡Y qué crítica! es una burla fina, una galante ironía en sarcasmo florido y envenenado.

Por mi parte, estoy conforme con el pintor parisiense que supo encerrar también en su lienzo este aforismo: las mujeres hacen la comedia del crimen.

En efecto; en todo delito de mujer, caído, en el escándalo de la prensa, he notado, primero, una locura pasional en su período agudo, y luego, una especie de *pose*, de artificio teatral, de estudio de gestos y actitudes que me han hecho sospechar acerca de la intensidad y la verdad que han originado la catástrofe. Hasta en la mujer del pueblo he visto esa tendencia ó fingir; ó hacerse heroica, y superior, ó con-

vencernos de que es una víctima de la infamia ó una esclava de la fatalidad. La mujer delincuente, por lo general, es una actriz que hiere, corre, se horroriza, grita de desesperación, llora de pena, sabiendo que lo hace en lo alto de un tablado y que al rededor suyo un público conmovido está dispuesto á aplaudir sus arranques de inspiración.

Tiene algo de Hamlet; es una loca que se finge loca. Eso está en su naturaleza.

Es en ella un instinto engañar, exagerándolo y abultándolo todo.

Ella misma se engaña, sin quererlo; mas en el fondo conserva el suficiente raciocinio para coquetear con sus penas y sacar partido de sus lágrimas.

Como es muy nerviosa, una mancha de sangre la turba: el brillo de un puñal la desmaya; el fragor de una detonación la horripila.

Y á pesar de eso quién sabe qué premeditación malévolá, qué reflexiva perversidad se desprende de sus actos, de sus declaraciones, de sus palabras, de sus movimientos.

Tiene una gran facilidad para llorar y la aprovecha siempre. Tanto que podría decirse bien, parodiando al viejo poeta: la mujer llorosa es la mujer armada....



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

Por cansancio y falta de interés, como en otra ocasión dijimos, este enervante asunto Dreyfus, *l'Affaire*, está condenado á apagarse dentro de poco tiempo; la Exposición lo encontrará vuelto ceniza. Muchos y muy largos rastros de pasión y odio dejará, como que no ha sido más que el pretexto para poner en contacto y choque dos electricidades contrarias de que hace años se están cargando sendos grupos de la sociedad francesa.

A mi modo de ver, equivocado tal vez, pero no puedo tener otros ojos que los míos, hay en el fondo de esta batalla una cuestión religiosa; la hay en el fondo de todas las conmociones sociales y en esto sí tiene razón el autor de la «psicología del socialismo» M. G. Le Bon. Una cuestión religiosa, una lucha entre el espíritu católico y el de libre examen; lucha terriblemente complicada porque intereses secundarios, pero poderosos para los grupos parciales dentro de los dos en lucha, sacan á todos de su centro de gravedad y hay elementos que debían estar de un lado, momentáneamente girando dentro de una órbita que no es la suya; de donde anarquía y caos.

En Francia unos dicen: el ejército insultado, con la esperanza de destruirlo; la proclamación insolente de la oligarquía del dinero, del capital, es decir, de la plutocracia ó judeocracia, este es, en resumen, el programa de los partidarios de la inocencia del capitán israelita Dreyfus. Otros gritan: los intereses de la justicia están por encima de todos los intereses, de los del ejército mismo, aunque éste sea la Patria armada; esto se infiere de los principios proclamados en 89, base de la Constitución verdaderamente nacional de Francia; lo que hay en el espíritu de los que se dicen convencidos de la culpabilidad de Dreyfus, porque un consejo de guerra representa al ejército y el ejército es infalible; lo que constituye el móvil profundo de este grupo de *nacionalistas*, como han dado en apellidarse, es la contrarrevolución; se quiere reconstituir á la democracia francesa fuera de sus quicios naturales, se quiere hacer de ella una *democracia medioeval*, bajo el arbitro soberano de un supremo jerrarca, no político, pero sí social, del Papa.

Y estos dos puntos de vista, no del todo falsos, precisos es convenir en ello, son reforzados por los transmisores de ideas á las multitudes: unos empuñan la bocina épica de un Baudry d'Asson ó de un Drumond cualquiera y exclaman: se nos quiere entregar á los judíos, se quiere convertir á Francia en un nuevo Cristo y crucificarla en el Calvario del dinero; estos liberales; estos intelectuales, que son capaces de discutir sobre la luz increada en los momentos en que los turcos se apoderaran de Constantinopla (palabras del general Mercier que ignoraba, sin duda, cómo se había defendido Constantinopla) quieren disolver al ejército, último santuario del ideal de honor de nuestros ancestros gloriosos, para ponerlo todo á los pies de la franc-masonería judía de los alemanes y los franceses. Vade retro, en nombre de la Patria y de Cristo (que, sin embargo, era judío.)

Una ocasión, en la Cámara Alta del Reino Unido, Disraeli, que no era todavía Lord Beaconsfield, pero que ya era el *leader* de los conservadores ingleses, decía á lord Ellensborough, que reprochaba á los torys su obediencia á un judío: «que el noble lord no se alarme por eso: hace dieciocho siglos que la huma-

nidad cristiana está arrodillada á los pies de un judío.»

Los otros, franc-masones, librepensantes, hugonotes, volterianos, la familia entera de Homais, en una palabra, del inmortal farmacéutico de Flaubert, exclama: los antisemitas, los nacionalistas, los de esa y la otra liga son agentes de los jesuitas, son la reacción, son instrumentos de los *calotins quoi!* Sí que lo son; quieren convertir á Francia en una España de frailes energúmenos y de generales de capitulación y pronunciamiento.—Este es el eterno diálogo entre el cura Bournisien y el farmacéutico Homais.

Debajo de estos portavoz de los hierofantes, está la chusma de cierta prensa, la más frenética, la más procaz, la más desesperadamente despreciable, la más irredimiblemente abyecta que puede imaginarse. Esta prensa que se bate sin una sola razón, sin una sola idea, sin un solo sentimiento nacido una línea más arriba del bolsillo, por el miserabe céntimo que cae de manos del noble, del burgués, del obrero, del vagabundo, de todos cuantos forman el populacho moral que hierve en el fondo de nuestra civilización, ávido de escándalo, con avidez rayana en la hidrofobia, esta prensa, cuyo más conspicuo representante es el furibundo demagogo *misticador* H. Rochefort, el que llamaba á diario á Jules Ferry, acusado del delito de crear un imperio colonial á la patria francesa y un porvenir alfabético, á la democracia francesa, ladrón, traidor, asesino, Troppman, y otros horrores de este jaez; esta prensa, enfermedad parasitaria de la literatura, hongo que tiende á producir en el organismo social la fermentación pútrida, es la que con el nombre de «4.º poder» pretende señorearse por el terror de Francia y del mundo. Y he allí el más grave problema del siglo XX.

Y todo estaría perdido de veras, si no hubiese un grupo arraigado en todas las clases sociales, que representa el *in medium veritas*, el buen sentido genuino del pueblo francés, su idiosincrático buen sentido que da en él á toda exajeración el aspecto de una locura, de una afección patológica, jamás de un estado normal. Este es el apoyo con que se abre paso en medio de la espantosa tormenta verbal que la acomete, la galera que conduce al porvenir la fortuna de Francia.

Mas repetimos nuestro tema: nuestra época se halla en gestación de una fé religiosa, y el carácter de cisma social que asume cualquiera conmoción, cualquiera pasión que remueve las masas, es sintomático de esta dolencia que, de cuando en cuando, invade á la civilización. En las profundidades del asunto Dreyfus, existe la lucha entre la religión organizada en los tiempos medios, que hoy tiende á renovarse y á rejuvenecerse identificándose con la democracia, lo que era natural porque el catolicismo es fundamentalmente igualitario, y la nueva religión nacida de los principios de la Revolución francesa, religión de derecho individual y de libertad; esta religión es constantemente anatematizada por los socialistas y los católicos en Francia con el nombre de *parlamentarismo*, es una religión de libertad aristocrática, por ende, en pugna contra la otra que es de igualdad y democracia. ¿Pero no hay conciliación posible entre estos dos grupos? Sí hay un *modus vivendi*, por lo menos; los hombres de gobierno, por un lado, y el grupo que obedece por convicción y no por sumisión al programa agosto de concordia y de paz de León XIII, lo saben bien.

* * *

Dejémosnos de lucubraciones que aquí huelgan quizás, por imposibilidad material de ampliarlas y explicarlas, y vengamos á lo que en concreto resulta de los últimos telegramas sobre el asunto.

Sabemos que la Corte de Casación que, por su lugar jerárquico y por la extensión de su jurisdicción, equivale á nuestra Suprema Corte Federal, toca al fin de sus trabajos de preparación y va á entrar en los de la deliberación que terminarán con un decreto judicial, con una sentencia. Esta sentencia sólo puede ocuparse en el punto de *revisión*, único que al tribunal ha sido sometido. Si resultase que hubo comunicación á los jueces del consejo de guerra, de piezas que no conocieron ni el defensor ni el reo (*dossier secret*) entonces quedará á los interesados y al representante del Ministerio Público, mejor dicho, al Ministro de Justicia, según el Código francés de instrucción criminal, el derecho de proponer *en interés de la ley* un recurso de nulidad, lo que retardaría considerablemente la final conclusión del negocio. Mas si la Corte no puede decidir sobre la nulidad, sí puede tomar en consideración las piezas comunicadas y si la falta de aplicación de ellas al reo resultará una grave presunción de la inocencia de éste, la revisión se impondría. Ahora bien, es innegable que hubo esa comunicación anti legal de piezas secretas á los jueces, y es probable que esas piezas no puedan aplicarse á Dreyfus.

Haciendo á un lado el aspecto jurídico del asunto, he aquí lo que parece resultar de las declaraciones ante la Corte de Casación, publicadas *in extenso* por *Le Figaro*.

1º El *bordereau*, pieza aducida legalmente ante el consejo de guerra y base de la condenación de Dreyfus,

por noventa probabilidades contra diez, no es obra del condenado de la *Isla del Diablo*. Dos peritos aseguran que es obra suya, entre ellos el famoso antropometrista Bertillon; cuatro ó seis afirman que no es, ni pudo ser obra de Dreyfus, y de éstos, dos ó tres, aseguran que es obra de Walsin-Esterhazy, por el cotejo de peculiaridades de la letra, por la clase de papel igual al que en esos mismos días usaba Esterhazy, etc. Entre estos peritos favorables á Dreyfus están los directores de *l'Ecole de Chartes* (de diplomas); de intachable reputación y de nombres conocidísimos de cuantos, de cerca ó de lejos, seguimos la transformación de los estudios históricos en Francia (Mayer, Giry, Molinier.)—En suma, el valor probante del *bordereau* es nulo.

2º Las confesiones del reo que después de su degradación afirmó su inocencia con *reticencias* al capitán Lebrun-Renaud, ni es judicial, por lo que no se puede tomar en cuenta, ni es moralmente probable, y está contradicha con sumo ardor, por cuantos afirman que el capitán Lebrun-Renaud no habló nada de la tal confesión y aún la desmintió confidencialmente; la declaración del honrado comandante Forzinetti, primer carcelero de Dreyfus, es importantísima en contra de los *aveux*. Esta prueba es nula también.

3º Las presunciones que resultan del *dossier secret* del Ministerio de la Guerra.

Esas presunciones consisten en coincidencias entre actos de Dreyfus, (como viajes, asistencia á cursos especiales sobre la defensa francesa, etc.), pérdidas de documentos de las carteras del Estado Mayor francés y conocimiento de esos documentos por otros Estados Mayores, como se infiere de medidas tomadas en Alemania y en Italia. Estas coincidencias han sido sostenidas con más calor que convicción profunda acaso, por los Sres. Cavaignac, Billot, Mercier, Gonse, etc. Pero todas ellas han sido combatidas, fijando fechas, precisando datos, por otras declaraciones.

El oficial Cuignet, hablando en nombre del Ministro de la Guerra, puede decirse, ha demolido, en primer lugar, al oficial de Estado Mayor De Paty du Clam, á quien acusa de todas las intrigas, falsificaciones y fraudes que ha habido en este asunto. Y además, ha recapitulado y precisado los verdaderos cargos contra Dreyfus, tomados del *dossier*, es decir, extralegalmente conocidos por los consejeros de guerra. Y para dar la sanción suprema á estos cargos, se refirió á un telegrama emanado de un gobierno extranjero á sus agentes de París, á la raíz de la condenación de Dreyfus y que alude á este desgraciado.

En nombre del Ministro de Relaciones, M. Paleologue, precisa en términos que no dejan lugar á duda, las palabras del telegrama descifrado por los criptógrafos del Ministerio de Relaciones; ellas le dan un sentido enteramente contrario al que se le da en el Ministerio de la Guerra, y refuerzan la impresión moral favorable á Dreyfus. Los incidentes de que en estos días ha sido teatro la Cámara de Diputados, y de los que, con justicia, ha salido airoso M. Delcassé, son una consecuencia de las declaraciones de los Sres. Cuignet y Paleologue ante la Corte.

En suma, las presunciones se contradicen, se neutralizan, no pueden, por ende, ser tomadas en consideración. Y eso (he aquí lo terrible) que no se ha oído al sentenciado, que no se han debatido con él los datos que le son contrarios, que la deliberación se verificará en ausencia suya, y que si esto, en rigor no es ilegal en la substanciación del recurso de revisión, es indebido y cruel.

Todo el prestigio de la justicia francesa está empeñado en este asunto á la vista del mundo civilizado; la parte más tumultuosa de la opinión ha procurado pesar por tal modo sobre las decisiones de los jueces, que, en realidad, ha sido una tentativa de invasión de la autoridad de la Corte. El caso es difícilísimo; hay la ventaja de que todos los nombres sensatos en Francia han protestado inclinarse ante el fallo del tribunal, sea cual fuere. Esto es de buen augurio para la paz social.

*
*
*

La conferencia que Doña Emilia Pardo Bazán dió en París á mediados del mes pasado en la «Sociedad de Conferencias,» es un monumento de elocuencia seca, pero penetrante, y de patriotismo casi heroico, que debe de haber amotinado contra ella la jauría insaciable de los que fingen espeluznarse con la verdad azuzando groseramente el fanatismo de las masas. ¡Pero qué valiente mujer! Qué bien analiza y desmenuza la *leyenda* como ella apellida á esa adoración incondicional del pasado, á esa creencia nacida de la vanidad y la fantasía del pueblo, ornamentada y difundida por la literatura, á esa especie de autolatría que ha petrificado á España en la contemplación de sus excelentidades como nación guerrera, religiosa, caballeresca y galante sin rival posible ni en lo pasado ni en lo porvenir! Muy brava, sí, dice Doña Emilia; pero muy patriota? religiosa? fanática á veces; «nuestros ímpetus de fé, son ímpetus de persecución» «Cuando apuntaron nuestros desastres, exclama indignada la varonil señora, algunos obispos lanzaron cartas pastorales condenando los regocijos públicos é invitando á los fieles á llevar el luto de la Patria. Todos se hicieron los sordos; la voz cristiana y pa-

triótica de los obispos fué ahogada por el ruido de los cascabeles de las calesas conduciendo un gentío loco á la Plaza de Toros.»

Sin embargo España se cree la nación católica por excelencia y ese es uno de sus orgullos, por eso esperaban las multitudes, en la última guerra, un milagro y la intervención, que creían decisiva, del Padre Santo. No es el catolicismo, añade la conferencista, lo que ha alterado nuestro carácter; somos nosotros quienes hemos extremado el catolicismo, y muestra á León XIII impidiendo la guerra civil y procurando que el catolicismo no sea en España lo que desgraciadamente es, un partido político.

Concluye asegurando que la *leyenda* se desvanece, se ha desvanecido ya. «Tengo el valor de ser sincera, agrega, cuando hablo de la patria en el extranjero. Tengo eso que llamaré mi valor profesional, puesto que no es á mí á quien puede exigir la patria otra suerte de valor.»

Muy bien; nuestros aplausos y nuestra admiración, y nuestra aprobación cuando fustiga á los propaladores de la otra leyenda negra, de la que en vez del drama de capa y espada en que unos han convertido, falseándola, la Historia de España, nos la presentan como una novela de Ponson du Terrail. Y aquí la gran señora intelectual se refiere principalmente á Ives Guyot y á su flamante obra: *La Evolución política y social de España*. Este notable economista trata la historia de España *au galop*, recoge todo lo que hay de negro y aborrecible en ella, y hecho el montón, le prende fuego. Como el designio del autor es romperles la historia de España en la cabeza á los antirefusistas en Francia, que son, lo dijimos, los jesuitas, v. g. D. Carlos, Espartero, Menéndez Pelayo y Weyler (¡oh! Homais) todo lo interpreta á su guisa y lo acomoda á su propósito. Por supuesto que sus censuras son justísimas á veces; pero suele ser injusto reprochando exclusivamente á España, lo que á otros pueblos puede reprocharse también. Y suponemos que los informes del escritor francés respecto de España son un poco mejores que los que se ha proporcionado respecto de México, pues, según él, el jefe de los conjurados que sorprendieron en una noche de 1810 á un virrey y lo embarcaron para Cádiz se llamaba Hidalgo, cura que fué fusilado en México, lo mismo que lo fué en S. Cristobal su sucesor Morelos, con lo cual los insurgentes no tuvieron otro recurso que dispersarse en el Norte.

No reprocharemos nunca á un extraño que ignore nuestra historia (que por lo demás también ignora la inmensa mayoría de los mejicanos *ilustrados* sino cuando se ocupe en ella, y dada nuestra posición modestísima entre las naciones civilizadas, estamos convencidos de que por mucho tiempo sabremos cien veces mejor la historia de Francia que los franceses la historia de México. Si hemos hecho alto en los pedacillos de que absolvemos á M. I. Guyot, es para mostrar el desenfado con que suelen los escritores periodistas basar juicios, fulminantes como excomuniones, sobre datos hacinados sin suficiente crítica.

El libro de Guyot comienza demostrando que no hay *raza latina* y trae á colación para demostrar su tesis las opiniones de antropólogos y etnólogos de nota. No necesitaba tanto á fé; su tesis es perfectamente cierta y empuja puertas abiertas el conspicio economista; ¿Y qué? Porque en el grupo que se llama latino en España y América no hay parentesco de consanguinidad; ¿no lo hay psicológico? ¿La lengua, la educación, la fé religiosa, no son ideas, no son fuerzas, no son factores mentales de primer orden que determinan la personalidad moral de una porción de la especie humana, capaz de diferenciarla de las otras porciones?

Justo Sierra

POETAS VIAJEROS

Y

VIAJEROS EN CAMARA.

Hay personas para quienes viajar y sufrir deben de por fuerza ser palabras sinónimas. Por nada de este mundo emprenden una expedición sin acumular todas cuantas incomodidades ofrece la localidad, y por ninguna de estas nueve cosas se permitirían aliviar un algo, las molestias inherentes á toda traslación, á todo abandono, aun momentáneo, del domicilio conyugal. Si se trata de una ascensión, de por fuerza han de hacerla á pié aun cuando haya manera de realizarla en tranvía funicular ó en ferrocarril de cremallera; les parecería un desacato tomar el transahariano para atravesar el desierto ó visitar las estepas rusas desde las ventanillas del transiberiano.

Para esta clase privilegiada de personas, el color local domina todo y debe sobreponerse á todo; el asno debe ser el vehículo obligado en el Cairo, al pié de las pirámides debe imperar el camello; el elefante en los juncos de la India; el potro semibravo en la Pampa. Para visitar Argel son de vigor el pantalón bombacho y la *chéchia* roja, la ancha faja de lana; en los lla-

nos de Apam no admiten otra indumentaria que el jarano y las chaparreras, y echan de menos la trenza en Hong-Kong como el tatuaje en Fidji cuando sus correrías los llevan tan lejos así.

Lo mismo en punto á bebidas, comestibles y alojamientos; bien que hoy en todas partes se encuentren cocineros parisienses, bodegueros bordeleses y hosteleros americanos, estos viajeros *pur sang* han de comer arroz y beber the en China, engullir kus-kus y leche de yegua en Egipto, chalupitas y pulque en México; ratas en Tokio y á poco más culebras y escorpiones en Samoa. Miran con horror el hotel á la Europea, con ascensor y luz eléctrica y acampan bajo la tienda, duermen en el jacal ó se guarecen bajo el baobab.

Es para ellos de rigor entregarse con fruición á las inclemencias peculiares y características de cada clima, á los chaparrones diluviales en las Antillas, á las torrideras secas y sofocantes en el Sahara, á la nieve penetrante y helada en los ventisqueros, al fango y al impudismo en las costas cálidas y bajas. Estos tales, desdeñan el puente colgante del Niágara y se aventuran en los rápidos; dejan calcinadas las zuelas del calzado en las lavas del Vesubio; pierden las botas en los pantanos tropicales y salen al encuentro del Simoun en los arenales del Desierto.

A poco andar inspiran positiva compasión; las reverbaciones de la nieve les han procurado formidables oftalmías; la variada y pintoresca alimentación les ha hechado á perder el estómago y les ha ulcerado el intestino; tiritan de calofrío palúdico y enflaquecen bajo la influencia de los miasmas pantanosos; vuelven, unos, con el hígado hecho piedra; otros, con el pulmón hecho criba; éstos cubiertos de erupciones y de piquetes de insectos, aquellos con una oreja menos ó con solo media nariz, por efecto de la congelación. Algunos no vuelven, naufragos de un junco chino, devorados por una pantera de Java, sepultados por el alud, despeñados en la profunda cima, víctimas del cólera ó de la peste bubónica, mueren al pié de la cueña como soldados leales y valientes. Pero vuelvan ó no, escapen ó sucumban, todos se han divertido prodigiosamente.

¿Quiénes son estos mártires del nomadismo? ¿Por qué aberración del espíritu dejan el tibio calor del hogar, las gratas y animadas discusiones del café, las comodidades de su existencia habitual y las truecan por una vida de soldaderas, por el sol y el polvo de los caminos, por las hambres y las escaseces del vagabundo? ¿Y por qué refinamiento de barbarie, si encuentran comodidades las desdeñan y las cambian voluntariamente por molestias gratuitas y por desagradados obligatorios?

Los viajeros de esta categoría, hablo de los que viajan por gusto y no por necesidad, pertenecen á dos grupos sociales. 1º: El de los poetas y literatos. Para éstos el ferrocarril, y sobre todo el Pullman es odioso; la cama de resorte, ridícula; el cuarto tapizado y amueblado, *curse*; la comida caliente, sazónada, servida en platos y destasada con cubierto, repugnante. No; la selva virgen, la naturaleza primitiva, la vida simple y patriarcal, eso es lo que hay que buscar y de lo que hay que disfrutar. ¡Qué importan el cierzo y la inclemencia, el viento polvoroso que ensordece y ciega, el lodo que mancha, el guijarro que hiere, el sol que calcina, y la helada que congela! Bajo las frondas del baobab corpulento nada más cómodo que un sillón mecedor y un buen libro: pero qué cosa más burgués que un sillón mecedor y cómo tener el valor de leer ante el espectáculo de la naturaleza! Hay que arreglarse un lecho muelle con césped y con pétalos y recostarse en él á soñar y á esperar. Si una espina se entra en las carnes, si una garrapata se introduce en los oídos, si una tarántula hace presa en el cutis, ¡qué mejor! ¿no es esa la pura, la inmaculada, la virgen naturaleza?

A la hora del almuerzo qué bien vendrían una tortilla con hongos, un filete con trufas; una media botella de borgoña; por fidelidad á la naturaleza hay que recoger algunas frutas silvestres, mezcladas con cicuta ó con haba de calabar y después tomar en el hueco de la mano linfas cristalinas del arroyuelo cercano y mojar en ellas los sedientos labios á riesgo de tragarse una sanguijuela. Llega la noche; lo lógico sería un buen colchón patentado S. G. D. G.; pero es más pintoresca una simple manta; por cama, el césped florido; por techo de alcoba, el firmamento; por dosel, las frondas y por música, el zumbido de los moscos, el silbido del alacrán, los cascabeles de la víbora.

Esto es viajar y todo lo demás es música celestial. Se comprende que un burgués, un hombre sin ideales como sin sensibilidad delicada ni aspiraciones estéticas, que un padre de familia comodín y sibarita inaccesible á las grandes emociones, con ojos que no alcanzan á ver los grandes panoramas, con oídos que no llegan á oír la música de las esferas, con espíritu estrecho que no alcanza á medir ni penetrar las grandezas de la naturaleza, se comprende, decíamos, que hombres así, flanqueados de una mujer gorda y de media docena de chiquillos importunos, tome el tren, aparte de antemano cuartos en el hotel, inquiera sobre la mejor fonda, y fatigue tranvías, ómnibus y guaynes para visitar los alrededores; pero un poeta debe viajar como Ashverus, solo, pobre, desnudo y privarse completamente de todo, so pena de no poder disfrutar de nada.

El segundo grupo de personas que gustan de esa desnudez y de ese desamparo, que llaman pintoresco á lo incómodo, que sacrifican al color local y se imponen un purgatorio so pretexto de disfrutar de un paraíso, es el de las personas que nunca han viajado. Estos viajeros en cámara no toleran la ropa de refacción, el *lunch* bien meditado en la cesta bien provista, el estuche de tocador como *implementos de aseo*; darían la vuelta al mundo con el mismo par de calcetines y se burlan de los ridiculossibaritas que apartan cama en el Pullman ó acuden puntuales al buffet de la estación. Jamés comprenden que nada hay más bello que contemplar á la Reina de las Montañas, desde los suntuosos ventanales del hotel de la *Jung Frau*; que la magestad del Niágara resalta más y se impone más desde el puente colgante; que surcar el Lago Mayor en un yatch confortable es á la vez placer de dioses y de hombres civilizados; que nada hay más delicioso, á la vez que más cómodo, que los manteles blancos y la reluciente vajilla del restaurant moderno perdido en las espesuras de la selva virgen. Para ellos, como para Tartarín, como para Alfonso Daudet, Suiza está por los suelos desde que en ella se tiene todo, no se carece de nada, se pueden escalar sus cimas sin fatiga, descender á sus abismos sin riesgo y dormir abrigado, restaurado, cómodo y confortablemente instalado en la cumbre misma del Monte Blanco.

A los poetas viajeros, inconvencibles como todo poeta á quienes anima el fuego sagrado de su arcaísmo irremediable y de su amor por todo lo primitivo y todo lo *no profanado* por la mano del hombre, los dejamos en su buena opinión y fama; que viajen como gusten y con su pan se lo coman.

En cuanto á los viajeros en cámara, á quienes no han hecho mella nuestras interminables discusiones en favor del viaje culto y civilizado, los emplazamos para el día en que tengan que ir más allá de Atzacapotzalco y visitar algo más que Santa Fé ó El Desierto de los Leones.

Entonces vendrán á mí y reconocerán conmigo que viajar es un placer de dioses cuando se puede amalgamar los excelsos encantos de la Naturaleza con las grandezas y los refinamientos de la Civilización.



**LA PRACTICA DE ASTRONOMIA
DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA MILITAR
EN OAXACA.**

Por iniciativa de la Dirección de este Establecimiento, aprobada por la Secretaría de Guerra y Marina, fué Oaxaca la Ciudad elegida para que los alumnos que componen dicha clase, fuesen á hacer la práctica respectiva, dirigidos por su Profesor, el Se-



Alumno Prof. Teniente Coronel de E. M. E. Mayor de Ingenieros Alumno Sargento 2º de Alumnos
LUIS GARFIAS. ANTONIO R. FLORES. RODOLFO FRANCO. ARNULFO ESPINOSA. GUILLERMO GONZALEZ.

ñor Teniente Coronel de Estado Mayor Especial, Antonio R. Flores.

Anualmente se elige punto distinto, lo que proporciona la ventaja de variar de posición geográfica y no tenerla conocida de antemano, cambiándose así los datos del problema que una vez resuelto sirve además para proporcionar otros nuevos á la Geografía del país, formándose la gran red geográfica que ha de servir de base á las geodésica y topográficas de orden inferior, para llegar á obtener una carta exacta de nuestro extenso territorio.

Los alumnos que en la actualidad forman la clase y que á fines de este año concluirán sus estudios para oficiales facultativos, son: sargento segundo, Guillermo González y los alumnos Luis G. Garfías y Arnulfo Espinosa, quienes acompañados de sus profesores llegaron á Oaxaca el día 16 del mes de Abril próximo pasado.

Basta saber la protección que el Supremo Gobierno ha dispensado siempre al Colegio Militar y la buena Dirección del plantel para comprender que la comisión fué dotada con los mejores instrumentos propios para el objeto, siendo éstos: un altazimut, un zenital de O. mts 75. de distancia focal, un teodolito astronómico de 10'' de aproximación, dos cronómetros siderales y uno solar; barómetro, termómetros de máxima y mínima, etc., instrumentos todos importados directamente de la afamada casa Negretti y Zambra, de Londres.

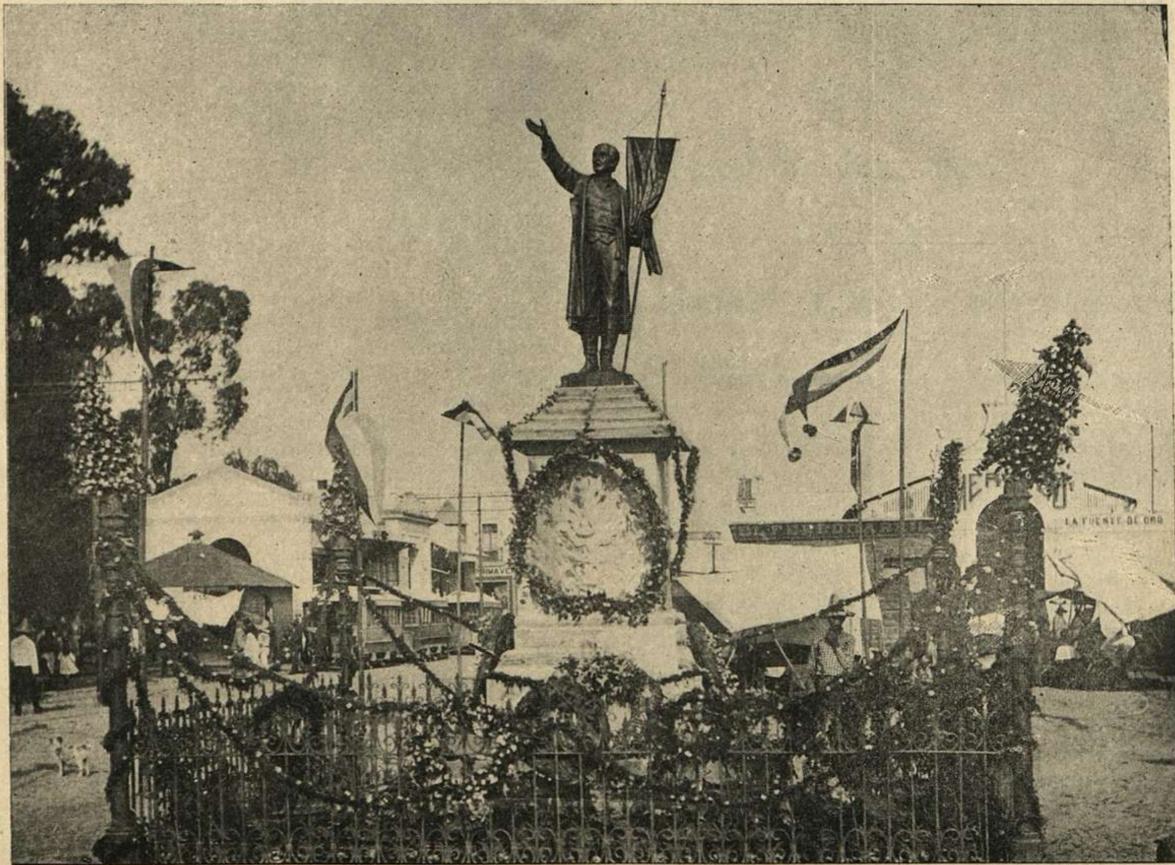
Los alumnos fueron alojados en un departamento del Palacio Federal que proporcionó bondadosamente

el señor Eugenio Pasquel, Jefe de Hacienda, quedando así á inmediaciones del Telégrafo y del Observatorio provisional, que establecieron en la azotea del Monte de Piedad.

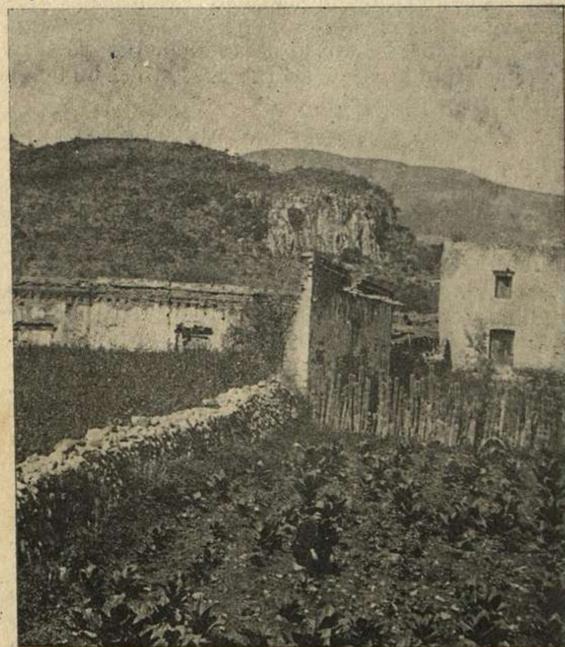
Con un magnífico cielo se procedió desde luego á las observaciones para la determinación del tiempo, latitud, longitud, declinación magnética, etc., preparándose de antemano las estrellas que debían observarse por medio de las Efemérides, en cuya operación, así como en la observación material, contar el cronómetro, etc., fueron alternándose los alumnos con su inteligente profesor, de modo que su práctica fuese completa.

De acuerdo con el Observatorio Astronómico de Tacubaya, se cambiaron, durante esos días 500 señales telegráficas. Se observaron con el zenital 40 pares de estrellas para la determinación de la latitud por el método de Talcott y con el altazimut se observaron otras 100 por los procedimientos conocidos en la astronomía, con los nombres de absolutas y circunmeridianas, ligándose el Observatorio con el centro de la Plaza principal y puntos más notables de la ciudad por medio de levantamientos topográficos. Hubo noche que se prolongaran las observaciones hasta que la luz del nuevo día venía á ocultar las estrellas, y durante él se calculaban en el gabinete los datos de la víspera á la vez que por medio de las tablas se preparaban las nuevas estrellas que debían observarse en la noche, entregados así los alumnos á un asiduo pero fructífero trabajo, que se prolongó hasta la víspera de su salida de aquella ciudad, emprendiendo la marcha el día 2 del corriente para venir á tomar parte en la formación del día 5.

El *Mundo Ilustrado* se complace en dar á conocer á sus lectores estos importantes trabajos de los alumnos del Colegio Militar.



MONUMENTO A HIDALGO INAGURADO POR EL SR. GOBERNADOR DEL DISTRITO LIC. RAFAEL REBOLLAR, EN LA CIUDAD DE GUADALUPE HIDALGO, EL DIA 8 DEL ACTUAL.



RUINAS DE LA CASA DE D CRISTOBAL HIDALGO Y COSTILLA EN LA HACIENDA DE CORRALEJO, DONDE CRECIO EL HEROE DON MIGUEL HIDALGO.



VISTA EXTERIOR DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR.

La Escuela Naval Militar.

Una de las grandes mejoras realizadas por el actual Ministro de la Guerra, es la creación de este plantel, inaugurado el día 1^o de Julio de 1897, cuyo objeto es la enseñanza de las materias teórico-prácticas necesarias según la ley para las carreras de oficiales de guerra y maquinistas de la Armada y de pilotos y maquinistas de la marina mercante.

Destinóse para la escuela el local que ocupaba la Comandancia militar de Veracruz, mientras se construye el edificio especial, lo que no tardará, pues ya están aprobados los planos y pronto, según sabemos, se iniciarán los trabajos.

La casa que ocupa actualmente el plantel de enseñanza a que nos referimos, fué mejorado notablemente, adaptándolo a su objeto y a ese fin se construyeron dos cuerpos laterales con local suficiente para las cátedras, dormitorio, comedor y dependencias. Entre esos dos cuerpos están las oficinas, almacenes de vestuario, etc.

El régimen del establecimiento es militar y su reglamento está por lo mismo sometido a los preceptos de la Ordenanza del Ejército y Armada de la Nación.

El personal docente consta de diez y nueve profesores que enseñan las diversas materias del programa a sesenta ó setenta alumnos inscritos.

Todas las clases están dotadas del mobiliario y material escolar necesarios. Llamen principalmente la atención el gabinete de física y el laboratorio químico, así como los modelos de buques de la clase de Navegación, entre los cuales hay una fragata perfecta que se emplea en

CAPITAN DE NAVIO D. MANUEL E. IZAGUIRRE.
Director de la Escuela.

la enseñanza técnica que precede forzosamente a la práctica de mar.

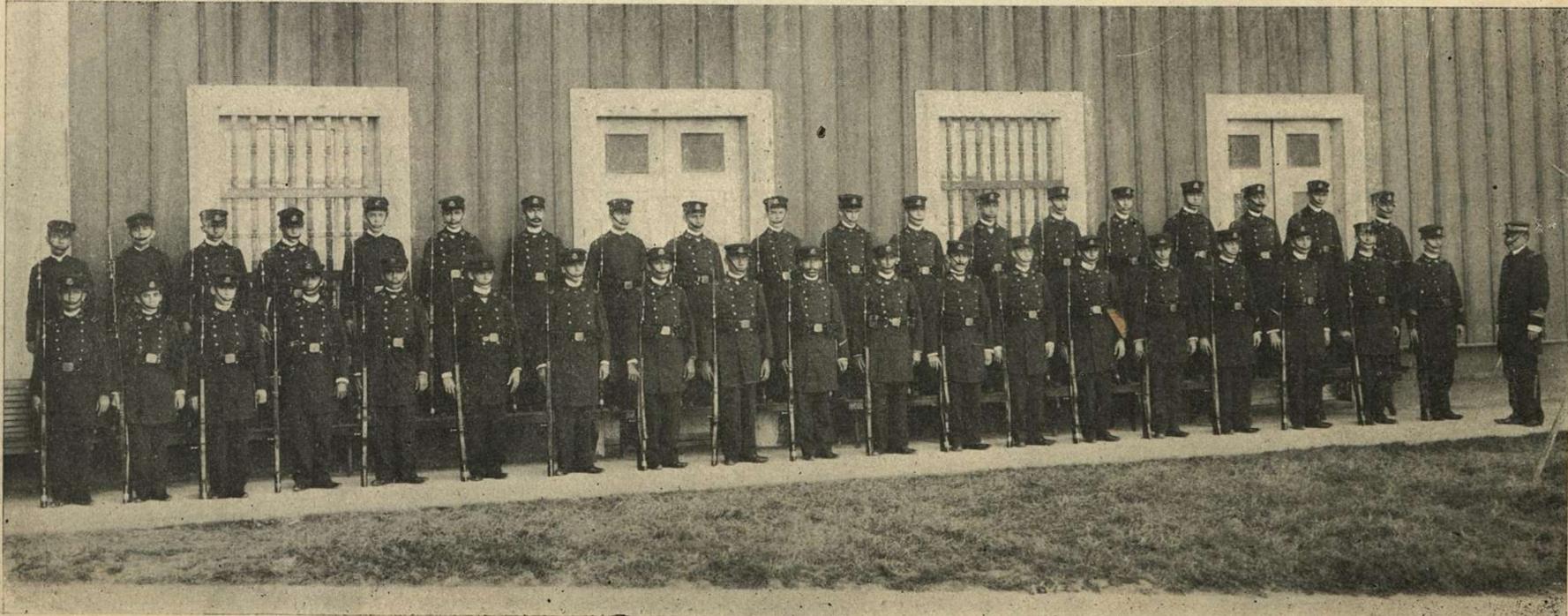
Ultimamente llegaron los aparatos de gimnástica pedidos a Nueva York, y se espera que antes de Julio quedará instalado el departamento respectivo, a fin de que lo utilicen los alumnos al abrirse los cursos del segundo semestre de este año.

Para los exámenes del primer semestre, están nombrados ya los vocales que integrarán los jurados, y se esperan resultados tan satisfactorios como los obtenidos en los períodos anteriores.

Dirige la Escuela Naval el Capitán de navío D. Manuel E. Izaguirre, jefe antiguo de la Armada, en la que ha hecho su carrera por escalafón riguroso, comenzando como aspirante de marina el año de 1874. Ha desempeñado, además de las comisiones y servicios ordinarios en sus empleos sucesivos como subalterno, el cargo de comandante de los buques «Juárez» y «Demócrata» y el de Jefe del Departamento del Pacífico.

Su larga práctica en el servicio es una garantía, que une a otras muchas, de su idoneidad para el puesto tan laborioso y honorífico de Director de la Escuela Naval.

Publicamos con gusto una vista exterior del edificio de la Escuela, el retrato de su Director y un grupo de alumnos que forman la primera Brigada, disponiéndose para salir a instrucción al mando de su Jefe



ALUMNOS DE LA ESCUELA NAVAL MILITAR.

UN VIAJE A CACAHUAMILPA.

QUERIDA MARIA:

La recomendación que me hiciste la víspera de mi viaje, no se me olvidará jamás; fijate en todo, me dijiste, y describeme minuciosa y fielmente cuanto veas. Parece que adivinabas que en efecto vería todo, porque, la contemplación de la naturaleza que constituye mi mayor placer, me hizo fijar hasta en los menores detalles de cuanto ví; mas, no podías adi-



HOTEL DE LA COMPAÑIA EXPLOTADORA DE LAS GRUTAS.

vinar cuan grandiosa sería la obra de Dios que recomendabas á mi atención que regresaría muda de estupor sin atreverme á profanar con mi voz aquel inmenso espectáculo tan maravilloso y raro como poco conocido; no obstante, á los ángeles como tú, no puede negárseles nada, absolutamente nada; y por eso, después de darte una ligera idea de lo que es el Pueblo de Cacahuamilpa, te diré algo acerca del Abra, de las Bocas, de las Grutas y de la gran Caverna. Pero ¿querrás creerlo? á pesar de que siempre he sido atrevida para todo lo que es escribir, tratándose de Cacahuamilpa tengo miedo; miedo de decir poco y de rebajar á tus ojos aquellas bellezas que ni las plumas orientales sabrían reproducir. Ten pues, paciencia, aumenta hasta donde alcance tu espíritu las imágenes que á medio describir te abandono, y sígueme.

Un cielo de una pureza extraordinaria sonrío constantemente á la fantástica población de Cacahuamilpa, á la que se llega por llanos completamente desprovistos de vegetación.

Un pequeño arroyo que nace entre dos peñas ocultas por la naturaleza, se divide y subdivide penetrando lentamente por las huertas, como si lo atrajera el suave aroma del azahar. Después, gimiendo porque no puede ver á las estrellas, se precipita de roca en roca y arrastra airado pedernales y guijarros como para azotar los árboles que, formándole un tupido velo le impiden contemplar la faz pálida de la luna, y aun la del mismo sol. Mas en vano será que solloce, que murmure y que se despeñe iracundo y en su furor se azote contra las peñas, pues no hace sino besar flores y hojas. Flores y hojas he dicho, porque los mangos que en este tiempo florecen, abundan en Cacahuamilpa, y, agobiados ante la hermosura del firmamento, ó quizá condolidos por los lamentos del arroyo, inclinan sus ramas hasra empaparlas en sus aguas, deseosos tal vez de levantarlas y mostrarles ese cielo que tanto ansían conocer. Pero el viento llega, las adormece con sus canciones, y las ramas soñolientas y faltas de fuerzas para levantarse, caen desfallecidas en las ondas transparentes, mientras el grillo en-

tona himnos de bienvenida á la reina de la noche que ya comienza á tender su rico cendal de plata. Poco á poco y á medida que la luna se eleva en el Oriente cual hostia santa, como dice Núñez de Arce comienza á distinguirse entre las frondas, la rojiza claridad de los hachones que alumbraban aquellas cabañas: diré mejor, aquellos nidos de palomas, nidos ocultos entre hojas aterciopeladas y de diversos matices, arrullados, por el murmullo seductor de aquella rica naturaleza

Para ir á Cacahuamilpa se toma cualquiera de los ferrocarriles, el Interoceánico ó el Pacífico, aunque es preferible el último porque llega á Puente de Ixtla, á las 3,35 p. m. en tanto que el Interoceánico llega próximamente á las 5 p. m. Te trasladaré, pues, desde luego á Puente de Ixtla, y si lo quieres, caminaremos juntos por los llanos estériles de que te hablé, hasta llegar al pié de la barranca de Santa Teresa, distante casi una legua de Cacahuamilpa.

Las grutas propiamente deberían llamarse «Cavernas de Cacahuamilpa y anexas.» Por sabido no te referiré que según la opinión de los geólogos éstas se han formado á consecuen-

antes de llegar al Abra, lugar que se halla á una distancia de una y media legua de la entrada de la Caverna y á dos de Cacahuamilpa. La molestia que origina lo pedregoso del camino es compensada por los soberbios panoramas que incesantemente se presentan á la vista. En todo aquel trayecto el Director que nos acompañaba nos hizo observar que formaban grandiosos salones con su soberbia ornamentación de estalactitas. ¡Oh! eso de pensar que durante kilómetros y kilómetros enteros se pisa la gigantesca techumbre de bóvedas enormes que ocultan palacios ignorados y de formas indescriptibles, en verdad, que más parece sueño que realidad. Hubo un momento en que el Director dijo: están ustedes pasando sobre el salón de los puentes, y otro en que, para hacernos más palpitante aquel fenómeno, añadió: están sobre Puente de Dios. ¡Qué soberbio espectáculo! desde aquella altura, abajo, allá muy abajo, divisamos al río de San Jerónimo atravesando el abismo que el río había perforado y que nosotros pisábamos, saliendo fragoroso por una de las enormes bocas para formar una ancha cinta de plata que á veces formaba los colores del arco-iris. Más lejos, al franquear una curva del camino, vimos á Cacahuamilpa surgir de una esplanada entre árboles frondosos que parecían aromatizarla y más allá, en lontananza, desprendiéndose de un horizonte cuyo cielo es

siempre azul, distinguimos al Ixtlacihuatl y al Popocatepetl, como que nos salían al encuentro y luego, poco á poco, los vimos ocultarse tras de una pequeña eminencia al comenzar nosotros á bajar en una muy dilatada cuenca ó cavidad parecida al lecho de un lago desecado y que según se dice, es un hundimiento volcánico.

Una vez que llegamos á esa baja llanura coronada de cerros, pasé la mirada á mi alrededor, y hubiera querido detenerme un poco en su centro para hacerme cargo de ese extraño lugar, que trasladando mi imaginación á tiempos remotísimos, me hacía entrever aguas transparentes surcadas por ligeras barquillas, ó bien antojábaseme inmensa vorágine que se hubiera abierto para sepultar en su seno cuanto atrevidamente se haya producido sobre su superficie; mas el Director nos llevó en derechura á un punto que llaman El Corte. ¡Lugar más fantástico no había visto en mi vida! ocupa un extremo de esa llanura y la limita, á la derecha, un cerro formado de una sola roca cortada verticalmente, y que retiene incrustados en sus seno árboles corpulentos de un color verde-amarillo, que parecen espectros compurgando penas desconocidas, y á su lado les forma una corona de exuberante vegetación. Un poco más allá, y al frente, causa sorpresa ver un cerro, diré mejor, una inmensa roca tam-

bién cortada verticalmente, como si se hubiera suprimido una mitad de ella. . . . salpicada de ligeras estalactitas, á su pié se notan aún los vestigios de la corriente del río que hoy atraviesa el Abra, como á 500 metros de distancia. La vista de esa roca gigantesca, de ese Corte como le llaman, además de sorprender por su extraña forma, por poco que se contemple, infunde pavor; porque, hallándose su



VISTA PANORAMICA DE CACAHUAMILPA.

cia de un levantamiento de masas calcáreas en los mares cretáceos etc., más, insistiré en decirte que la caverna, desde la cueva del Sohanchi y el *resumidero*, hasta el Abra, las Grutas, la entrada de la Caverna misma y las Bocas ocupa un radio de ocho leguas en cuadro proximalmente que contienen espaciosas galerías todas ellas decoradas con monumentales estalactitas y estalagmitas. Galerías que llegarán seguramen-

te á comunicarse unas con otras, si la Compañía exploradora sigue con ardor los trabajos de exploración que ha comenzado. Así es, que debe considerarse esta Caverna como la más grande del mundo, puesto que, la de Mammoth en Kentucky, E. U. no excediendo de 15 á 17 kilómetros de longitud, se ha tenido hasta ahora como la mayor.

Vamos al Abra: luego que se sale de la población se baja y sube una corta barranquita, y se comienza á descender rumbo al Sur por un camino de herradura tolerable, hasta llegar á un pequeño arroyo en donde se bifurca conduciendo directamente á la Caverna el tramo de enfrente y siguiendo á la derecha el otro, para torcer también al Sur y tomar el nombre de camino de Tasco. Por éste se atraviesa el arroyo y lentamente se sube por un pedregal que termina poco



PLAZA DE CACAHUAMILPA.—JEFE DE SEGURIDAD PUBLICA.



RIO DE LA BOCA DE SAN JERONIMO.

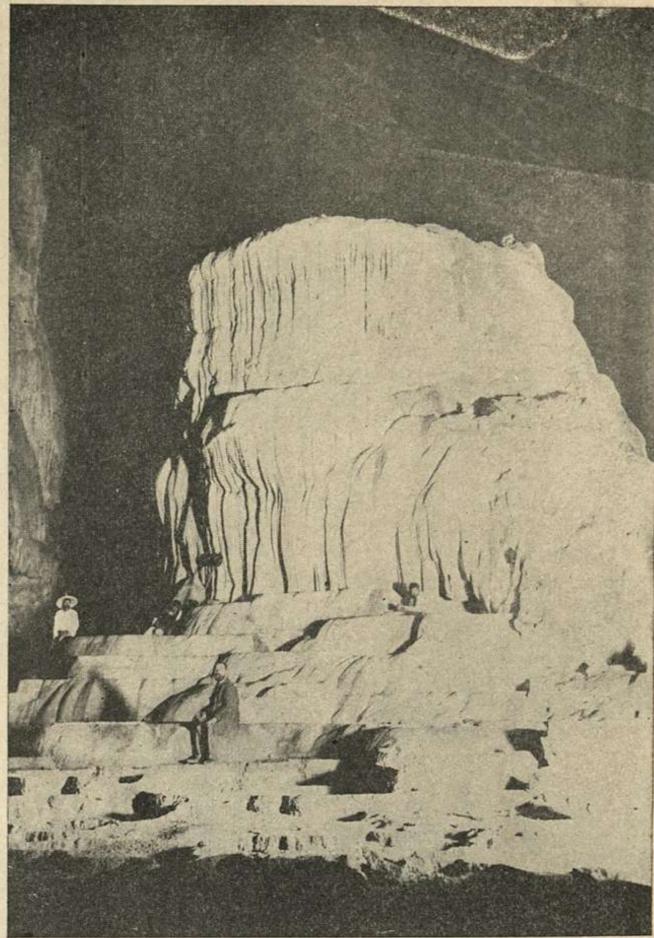
altísima cima un poco inclinada hacia adelante, se cree por instantes verla rodar de lo alto aplastándolo todo. A la izquierda se abre una estrecha hondonada que separa el cerro de la Tempestad del cerro del Abra, y retirándose un poco de la roca inclinada, forman con ella un conjunto rarísimo y delicioso. Al llegar á él oí decir al Sr. Castler, quien en compañía de la Sra. Berley y su muy apreciable hija formaba parte de la comitiva, que esa sola vista merecía la pena de haber hecho el viaje. En efecto, de tal manera me sedujo aquel panorama, que propuse á mis compañeras de viaje descansáramos allí, en aquel paraje encantado.

Al llegar á un montículo cubierto de pequeños árboles y malezas, hizo alto el Director y nos invitó á apearnos; después se introdujo en una angostura pedregosa que debe servir de lecho á un riachuelo durante el tiempo de aguas, siguiéndolo nosotros sin sospechar que estábamos ya tocando el Abra, cuando á los pocos pasos se nos hizo sensible el murmullo de una lejana corriente de agua, y de improviso, al llegar á un frondoso árbol, abrióse al frente inmenso vacío cubierto por espaciosa y elevadísima bóveda

del fondo, distínguese desde luego el *Balcón del Diablo*, inmensa peña situada á la orilla del precipicio y desde la que, casi arrastrándose por temor de caer en los brazos de la muerte, se asoma la gente y divisa la rica ornamentación que, cual gasas extendidas por alguna deidad, envuelve las paredes de la sima y al río mismo que corriendo entre aquellas regias vestiduras llama á los viajeros con su atronadora voz.

Buscamos con la mirada el lugar más propicio para bajar hasta el cauce del río, y no tardamos en distinguir una rampa gigantesca y al parecer poco inclinada: inclinación engañosa, pues el desgraciado que seducido por su apariencia se entrega á ella es arrastrado con una violencia tal, que sólo le da tiempo para sentir la muerte irresistible que lo aguarda. Haciendo contraste con el primero, y en el extremo opuesto, está el verdadero camino en forma de inmensas conchas superpuestas por las que se comienza á bajar con alguna facilidad; mas, aquellos pliegues recogidos al principio van ampliándose á medida que se desciende y se avanza, de tal modo, que ya no se anda sino se arrastra uno por esos escalones de gigante con una dificultad que va creciendo mientras el espectáculo se hace más grandioso y más solemne. De repente se encuentra uno envuelto entre aquellas gasas crema bordadas de oro como si estuviera suspendido entre el precipicio y la cima, y en atención á la distancia apenas se puede ver á los que se han quedado asomados al *Balcón del Diablo*. Una lucha terrible se entabla entonces entre el temor y el deseo de continuar bajando y después de una corta suspensión, el miedo es vencido, pues la mayoría continúa avanzando hasta llegar al río, cuyas márgenes recorren los turistas internándose en las grutas.

En la tarde de ese mismo día, fuimos á las Grutas que distan media legua de la entrada de la Caverna. Se va á ellas por el mismo camino del Abra, tomando inmediatamente después de pasar Puesto de Dios, una vereda que baja á la izquierda suavemente y flanquea la margen derecha del río. Al llegar á un pequeño bosquecillo nos apeamos del caballo sin verlas, y no bien torcimos á la derecha, nos hallamos frente á su entrada algo cubierta por ramas de árboles, yerbas y peñas. Se baja á ella, pero á los pocos pasos, dos peñas superpuestas forman un pequeño salto que es preciso salvar bajando por un madero tallado. Después, ya debajo de la bóveda y por un vasto recinto que es como el atrio de aquella región, se desciende, ó mejor dicho, se deslizan los



MONUMENTO DE CLEOPATRA.

turistas por un suelo movedizo y muy inclinado que tiene como 30 metros de profundidad, hasta llegar, entre piedras diseminadas al acaso, á la superficie de las Grutas.

Una vez allí se ven tres entradas; una al frente del «Salón del Monje» y ornamentada de estalactitas que toman las formas de mil caprichosas figuras; otra á la derecha que conduce por una pequeña rampa al salón del Pabellón, y la tercera á la izquierda, ancha, arqueada en alto y del mismo tamaño del salón de los Plateros al cual da acceso. Principiamos nuestra visita por este salón dividido en dos partes de iguales proporciones: 50 metros de largo, 26 de ancho y 40 de altura próximamente por cada una. La primera parte del salón camina directamente al Este; desde luego tropieza la vista al entrar con una gran peña que en tiempos muy remotos se desprendió de la bóveda dejando un vacío que se mira con recelo; después, muy cerca del fondo, se ve la profusa ornamentación formada de varias estalactitas y estalagmitas que tienen la forma de fumíferos y poroso se da al salón el nombre de Pebeteros.

La segunda sección del salón camina al Norte, y se distingue por su mayor ornamentación, hay columnas ascendentes y descendentes artísticamente cinceladas y grandes cortinajes artesonados y capiteles que le dan el aspecto no se sabe si de inmensas decoraciones teatrales, de un pomposo y antiguo palacio regio, ó de un riquísimo templo revestido de múltiples encajes. Al fin de la segunda parte tuerce el salón al Oeste y camina aun como 10 metros formando el todo un apéndice que se desearía salvar para penetrar á las ignoradas galerías que la imaginación hace suponer han de seguir hasta desembocar al río.

De allí regresamos para entrar al salón del Pabellón, al que se penetra, como te dije antes, por una rampa corta que cuando las aguas caían por ella, así cubierta como está por una bóveda, debió ofrecer un precioso golpe de vista.

Este saloncito comparado con los demás es de cortas dimensiones; pero, su forma rigurosamente redonda le da elegancia y cuadra perfectamente con el nombre de Pabellón que le han dado; tiene á su izquierda una roca cortada verticalmente y como de 8 metros de profundidad que da al salón del Monje y se llama Roca Tarpeya. Salíamos del Pabellón para entrar al salón del Monje, cuando nos detuvo el director mientras encendían las lámparas y en seguida entramos.

ELVIRA NOSARI.

(Continuará).



CASCADA Y RIO DE LA GRAN CAVERNA.

que se iba profundizando á medida que avanzábamos, hasta tomar las proporciones de un abismo y permitarnos divisar en sus honduras un anchuroso río, que viniendo del Oeste desembocaba entre bloques de fino mármol por una profunda y muy dilatada galería, y avanzaba majestuosamente para penetrar en otra no menos espaciosa y extendida al Norte que, como la anterior, oculta en sus densas tinieblas los misterios de una creación desconocida. Hay vistas que dejan al espectador atónito, sin poder articular palabra, cuando el conjunto de numerosas, diversas é inesperadas maravillas, hiere simultáneamente nuestro espíritu, porque, estorbándose las unas á las otras, aturden y paralizan nuestras facultades, de modo que de tantas como se miran no se ve ninguna. Así pasó en el Abra, y el Director, comprendiendo nuestra situación, quiso sin duda dar tiempo para que nos repusiéramos, nos dijo: ¿Ven ustedes cómo las variadísimas sinuosidades de este monstruoso anfiteatro se estrechan en partes y en otras se ensanchan hasta engrandecerse, al grado que sorprende su magnitud? pues bien, así sucede allá abajo con esas galerías que parecen formar únicamente el lecho del río, y que siguiendo el mismo orden de estrecheces y ensanchamientos, forman pequeños y extensos recintos que se encadenan los unos á los otros y están todos ornamentados de nieves y bellísimas estalactitas.

A dos y media leguas de aquí próximamente, se sume el río en un punto llamado *El Resumidero*, precipitándose de golpe á una profundidad como de 20 metros de altura; y de allí, á manera de inmensa cullebra, se retuerce y se arrastra en zig-zag debajo de bóvedas que según los ensanchamientos que horada, forma ya espaciosas ensenadas y ya playas extensas, á las que se puede dar el nombre de salones. En varias partes del camino que hemos traído para venir aquí, por los meses de Agosto, Septiembre y Octubre, aplicando el oído al suelo, y á veces sin eso, escúchase el estruendo del río que crecido se precipita con terrible violencia y se azota á derecha é izquierda penetrando en las fragosidades de aquel vacío sin nombre, y permite al viajero casi adivinar la extensa capacidad de algunos sitios por los ecos prolongados que producen sus tumbos. A corta distancia de éste, corre otro río por separadas é idénticas galerías.

Abarcando con la mirada ese anfiteatro habitado por multitud de buhos y lechuzas que salieron espantados á la detonación de un tiro disparado por el Sr. Castler y que á guisa de caracol va recogiendo en



LAS BOCAS, BLOQUES DE MARMOL EN EL GRAN RIO.

MEXICO ANTIGUO.



CASA NUMERO 8 DE LA CALLE DEL ESPIRITU SANTO.

La casa de los Condes de Miravalles.

A Victoriano Salado Alvarez.

Aún está en pie la vieja casa de los antiguos Condes de Miravalles, descendientes de una familia ilustre, que en esta ocasión más que en otras se puede llamar por la frase de estampilla, más ilustre por sus virtudes que por sus blasones.

Todavía ostenta la vieja mansión las almenas que pregonan la distinguida prosapia de sus antiguas dueñas, que por enlace de familia también estuvieron emparentadas con descendientes del Emperador azteca Motecuhzoma II.

La fachada, aunque con ligeras modificaciones, por la arquitectura, las hojas herradas de la puerta principal, y los balcones, revela desde luego que quienes edificaron esta casa, eran gente noble ó pudiente, señores de alcuernia y dineros, como en efecto lo fueron por su origen y por las haciendas y minas que poseían y explotaron sus antepasados.

Pero la causa principal de esta fortuna de los Condes de Miravalles, está ligada de tal modo con una antigua y hermosa tradición, que aquí es la oportunidad de engolfarnos en ella, á despecho de los limpios y acicalados escritores *modernistas*, que hacen asco á la poilla y al polvo de olvidadas bibliotecas.

* *

Cuenta el R. P. Fray Antonio Tello, en su pintoresca *Crónica Miscelánea*, en la que se trata de la Conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco, que allá por los años de 1543, descubriéronse las minas del *Espíritu Santo*, en términos de Compostela y casi milagrosamente.

Fué el caso, que habiendo muerto el Capitán Pedro Ruiz de Haro, uno de los conquistadores y primeros pobladores de dicha ciudad, dejó viuda á su mujer, que se llamaba Leonor de Arias, y con tres hijas jóvenes, y por jóvenes más dignas de mejor suerte.

Tan pobres estaban madre é hijas, que viéronse obligadas á retirarse á una laborcilla ó rancho, que

caron casas en el mismo sitio en que estuvo la choza de su suegra, y el uno de ellos edificó un palacio tan extenso, que en el patio se corrían toros, y se hacían juegos de cañas, de sortijas y torneos.

El sitio, cuenta el cronista, era deleitoso, con llanos muy anchos y espaciosos, y los productos de las minas tantos, que pronto se puso en Compostela Audiencia Real de cuatro Oidores Alcaldes Mayores, y tanta era la plata que se sacaba, que iban recuas á México cargadas del argentífero metal, como las que antes conducían sal y pescado.

Y sucedió lo que sucede siempre, que la vida regalada, los muchos pasatiempos y gustos, la facilidad para adquirir el dinero, corrompieron las costumbres, y los vicios cundieron de tal modo en aquellos lugares, que el santo P. Fray Pedro de Almonte, ó del Monte como otras veces le llamaba el cronista, dijo en cierta ocasión: «Oh Milpa, Milpa, y como ha de enviar Dios fuego del cielo y te ha de abrasar!»

Y dicen también, que el mismo Padre sacó de un lechón *siete legiones de demonios*, y que en efecto llovió fuego del cielo é incendió la hacienda ó Milpa de Miravalles.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la piadosa acción que tuvo Leonor de Arias con el indio, digna es de loarse y sobreponerse á otras muchas, y así lo hace con sobrasada justicia el distinguido historiador de la Nueva Galicia, Lic. Don Matías de la Mota Padilla, quien aludiendo á las acciones de mujeres de la época de la Conquista escribe:

«Alábase en hora buena la heroica hazaña de la otra mujer, Beatriz Hernández, que supo con su valor cortar la cabeza al gaudul. Celébrase á Doña María Xaramillo, mujer de Don Juan Fernández de Híjar, quién mientras su marido, con la espada en la mano era terror de idólatras, ella, con la labor de sus manos, ministraba alimento á los soldados; que para mí de mayor alabanza es digna Doña Leonor de Arias, que supo con sólo una acción de piedad, abrir las manos del Omnipotente para comunicar á los hombres los tesoros de la tierra, para que de esa suerte el reino que antes era despreciable, se comenzase á llevar las atenciones.»

* *

Doña Francisca Arias, que casó con Don Alvaro de Bracamonte, hija de la tantas veces mencionada Doña Leonor, tuvo entre sus descendientes á Don Alonso Avalos Bracamonte, primer Con-

de de Miravalles, quien á fines del siglo XVII, compró en México y la reedificó para morada suya y de sus herederos, la CASA NUMERO 8 DE LA CALLE DEL ESPIRITU SANTO, donde ahora está el *Hotel del Buzar*, calle que antes de establecerse el Hospital de su nombre, se llamó *calle de los Oidores*.

El Conde Miravalles, fué Caballero de la orden de Santiago, Canciller de la Santa Cruzada; tuvo el defensorio del Convento de la Merced, de donde fué gran limosnero, pues contribuyó con gruesas sumas, entre otras, para la construcción del hermoso claustro hoy convertido en cuartel.

Por vía de epílogo, diré, que una de las hijas del último Conde de Miravalles, estuvo casada con el General Don Miguel Barragán, Presidente de la República, que fué el que tomó el Castillo de San Juan de Ulúa en 1825, último baluarte de la dominación española en México, que se rindió gracias al bizarro ataque de la escuadrilla mexicana de la que era jefe el ilustre marino Don Pedro Sainz de Baranda.

LUIS GONZALEZ OBREGON.

PENSAMIENTOS.

Sería más fácil para mí pacificar la Europa entera que poner de acuerdo á dos mujeres. —*Luis XIV.*

* *

Si no se contrariase á la Naturaleza, las mujeres valdrían tanto como nosotros, con una diferencia: que son más delicadas y amables. —*Galliani.*

* *

En un baile los hombres son el sexo tímido... y el sexo débil porque son los primeros que se fatigan. —*Alfonso Karr.*

* *

En el baile toda madre es un notario disfrazado. —*Leon Gozlan.*

había fuera de la ciudad; rancho llamado de Miravalles, en el cual vivían escasas de recursos pero ricas en virtudes, bajo el techo de humildísima choza á pesar de que por parte paterna eran nobles las huérfanas, pues Don Pedro Ruiz de Haro fué de la casa de los Guzmán y primo del Marqués de Toral.

Madre é hijas eran, empero, grandes siervas de Dios, dice el cronista, quien pronto premió sus cristianas virtudes.

Estando una tarde, á las puertas de la choza, ocupadas en labrar el campo, acertó á pasar por allí un indio, y previc saludo respetuoso, les dijo:

—Señoras ¿tienen una tortilla que darne por amor de Dios?

Y al punto Leonor de Arias, le contestó:

—Siéntate, hijo, y descansa que sí habrá.

Mandó luego á dos de sus hijas, que una moliese un poco de maíz y otra un poco de chile, y preparadas las tortillas y el guisado, comió el indio tranquilamente, y habiendo concluido el frugal, pero apetitoso bocado, por la buena voluntad en su condimento, dijo, dirigiéndose á Leonor de Arias:

—Dios te lo pague, señora, y ten confianza en Dios que te ha de dar tanto oro y plata, que te sobren muchos millares, que yo te daré una mina de donde lo saques, y pasando mañana volveré con los metales!

* *

No tuvo mucho que esperar Leonor de Arias al indio, porque al plazo por él fijado presentóse en la Milpa de Miravalles con el metal prometido, y madre é hijas lo molieron en metates y fundieronlo después, sacando tal cantidad de oro y plata con el transcurso del tiempo, que en breve Leonor tuvo hacienda y casó á sus tres hijas, con los tres más nobles caballeros que había en Compostela.

La una casó con Don Manuel Fernández de Híjar, la otra con Don Alvaro de Tovar, y la otra con Don Alvaro de Bracamonte, llevando sendos dotes de cien mil pesos.

Fué tan grande la bonanza de las minas, que por ella se puso Caja Real en la ciudad de Compostela y fueron por oficiales Don Pedro Gómez de Contreras, tesorero, y Diego Díaz Navarrete, contador.

Los esposos de las hijas de Leonor de Arias, fabri-

La Flauta de Pan

Atardecía.

Los umbrosos sicomoros proyectaban sombras desmesuradas sobre el río, costado de espesos cañales; el disco amarillo del sol descendía, y la luna se elevaba, pálida como una nube de plata.

Placía á Lycaon esta hora apacible, en que la hija y el hijo de Latona, ocupan juntos el borde del horizonte. Cubierto con el polvo de los caminos, llevaba



una lira de madera ennegrecida, porque era un Æda que había recibido las lecciones de los cantores y los filósofos bajo los pórticos bruñidos; y sobre lechos de marfil, probado las caricias de las esclavas hermosas entre el olor de los aromas y las armonías de los instrumentos de música. Recordaba también, con dulzura y con tristeza á las hábiles cortesanas que conocen el arte de convertir en oro los suspiros de los hombres.

Recorría la Hélade de cien villas buscando su quimera. Cantaba en los caminos, en el agora de las ciudades, en los confines de los burgos, y la feliz tierra Achaia le daba en cambio hospitalidad, vestido y amor. Sabía también contar las leyendas que deleitan á las mujeres y que incitan á la voluptuosidad.



De esta manera había llegado hasta el Ladón de orillas herbosas. En los crepúsculos divinos, soñaba con el hijo de Laerte, destructor de fortalezas, y con Nausicaa la de los brazos blancos. Qué hermoso sería verla aparecer entre el saucedal del río, seguida de sus ninfas semidesnudas, y riendo á través de su cabellera humedecida.

Así pensando, rendido de fatiga y con el corazón lleno de la dulzura de Eros, oyó entre el canto de las náyades un desgrane de risas argentinas. Se detuvo y miró.

El sol desaparecía; la luna semejaba un espejo inmenso donde se reflejara una colina. Y entre los árboles temblorosos, sobre los apios y los lotos, vió una ronda de ninfas apenas cubiertas de lanas puras, dejando secar al aire sus cabellos. En medio de aquella luz purpúrea y blanca resplandecía como la hija de Alcinoüs y sus compañeras.

Y una de entre ellas, que simulaba tener rayos por cabellos, y parecía hecha de lirios, le hizo pensar que los pueblos no se habrían indignado de sufrir por ella, como por Helena.

Entre tanto, avanzaba. Las ninfas resplandecientes, al verlo, se levantaban huyendo por los prados. El levantó las manos, y dijo con una voz suave, ejercitada por la música y la elocuencia:

—¡Oh! quienes quiera que seáis, diosas ó mortales, hijas de la tierra ó náyades salidas de las aguas, no temáis al viajero solitario. No quiere haceros mal. Escuchad su voz. Conozco las historias de los hombres antiguos, y los cantos de los Ædas. ¿No queréis que os cuente el infortunio de Syringa, hija de este río de abismos transparentes, de Syringa que no pudo huir del dios hirsuto y de piernas de cabrío, sino convirtiéndose en una débil caña? Es hermosa esta historia en las noches de estío, y está llena de secretas lecciones.

La ninfa que parecía tener rayos en la cabeza, se detuvo, y las otras después. Todas se acercaron al Æda con ademanes de ciervas curiosas de grandes ojos estrellados, y una de ellas dijo:

—Cuéntanos, extranjero, la historia de la ninfa Syringa. La oiremos mezclarse á la voz del río. Pero antes apura una copa de vino negro, dulce al corazón.

Tomó una odre de piel de cabra, llena de vino y le sirvió una copa á Lycaón. El levantó al cielo la copa brillante, hizo una ligera libación al río, y saboreó aquel elixir cuya alma alada lo llenaba de elocuencia.

—Ahora os contaré la historia de Syringa, nacida del río Ladón, y del dios terrible, que cuando vaga por los bosques y las llanuras hace más amenazadoras las tinieblas.

Sentáronse á su derredor; él respiró el aroma adorable de su carne, y vió brillar sus bocas de púrpura y de plata á la luz de Hécate. Su pecho palpitaba de voluptuosidad mientras templaba la lira sonora. Las estrellas más brillantes se inclinaron reflejándose en el agua y en las pupilas de las ninfas; y de vez en cuando descendía un aliento como perfumado con la ambrosía de un dios que flotara en las penumbras cristalinas.

Lycaon dejó que cantaran antes las hamadriadas eufónicas, cautivas en su lira, y luego comenzó.

* * *

Entonces el dios Pan se ocultaba de los demás dioses y de los hombres; por esto no lo conoció el viejo Hesiodo. Se escondía en el estruendo de las tempestades, en el murmullo de los árboles, y en esas voces repentinas que siembran el pavor en los rebaños, los viajeros y los ejércitos en batalla. Habitaba las selvas quejumbrosas y aullaba en las voces de los lobos invisibles, en las cóleras de los equinoccios y en las resonancias del mar.

La ninfa Syringa vivía cerca de su padre el río, en los prados resplandecientes y las islas umbrosas, cerca de las abras tranquilas. Era trémula y flexible, se deslizaba feliz sobre los rayos de la luna y desaparecía silenciosamente en los troncos de los sauces; trenzaba sus cabellos rojos con yerbas frescas. No era más tímida que ella ninguna otra inmortal. Una hoja arrastrada por el viento la hacía huir, tenía miedo de mirar su imagen y el canto de las ranas en las ciénegas interrumpían su sueño.

Desde el crepúsculo, se cubría con hojas y ramas, y

acurrucándose, escuchaba la sombra. Y para ella esto era un placer. Conocía las extrañas voluptuosidades del miedo que hace hablar á las cosas, y vivir á los guijarros del camino. Y no le chocaba que fuese terrible el más pequeño de los insectos.

Una mañana oyó sobre el prado un paso que la seguía. Volvióse y no vió nada. Al día siguiente, al acostarse á la sombra de un sicomoro, sintió un soplo cálido sobre su cuello y sus cabellos. Cierta noche, entrando en una gruta, se sintió detenida por un obstáculo invisible, y vió elevarse el vapor de un aliento. Dió un grito y el obstáculo desapareció.

Desde entonces no dejó de ser seguida. Los árboles suspiraban á su paso, el agua murmuraba una queja al recibir su imagen, y no se atrevía á ver su cuerpo desnudo, porque al mismo tiempo que ella, ojos ocultos la miraban. No obstante su miedo á las tinieblas, no se bañaba sino en el secreto de las noches.



Comprendió que un dios estaba enamorado de ella y se turbó, como las ciervas en el Otoño. ¿Sería Phoibos el rey de la luz, ó el gran Zeus, perfumado de ambrosía? Se acostaba sobre el musgo de la selva ó sobre las yerbas odoríficas. Soñaba bajo el azul del firmamento ó bajo las nubes de Saturno. Ignoraba si se estremecía de temor ó de deseo. Hubiera querido hablarle á Eros, pero no se atrevía. El soplo se hacía más lánguido: junto á su cuerpo núbil sentía palpitante al Dios invisible para el eterno Himeneo, fin de los seres. Algunas veces un brazo muy suave la estrechaba y sentía el roce de un pecho. Y creía que iba á ver; pero sólo veía un rayo furtivo, una fiera



fugitiva, ó el vuelo de un pájaro negro sobre el cielo.

Un día adornaba sus cabellos con flores de iris y yerbicillas frescas. Miraba en una fuente reflejada su cabeza de oro. Y sonreía vagamente á su gracia exquisita, cuando junto á ella temblaron y hablaron los follajes. Y decían con una voz parecida al murmurio de las ondas!



—El dios Pan es quien te ama, ninfa nacida del hermoso río Ladón. Quiere contigo crear nuevos seres que no tendrán semejantes en la tierra. De tí nacerán animales quiméricos, hombres-leones y mujeres cisnes. Poblarás los prados y las selvas de formas que no suelen vivir en ellos. Y serás gloriosa entre las inmortales, porque nada hay más bello que ser madre de formas desconocidas.

La ninfa, temerosa, no comprendió bien este lenguaje, pero la sedujo la voz que temblaba entre las hojas. Y dijo con dulzura:

—¿Acaso no tiene rostro el dios Pan, cuando habla siempre por los árboles, las aguas ó los ecos?

Respondieron los follajes:

—Tiene el dios Pan muchos rostros porque es rey de todas las fieras y de todos los sátiros que habitan en los árboles... y que han sido modelados á su imagen.

Pero la ninfa de ojos claros no comprendió tampoco, y continuó:

—¿Qué me importa tantos rostros si no se dejan ver?

Mientras hablaba, reía el follaje.

—¿Quieres ver á Pan, ninfa inocente?

Y tembló; pero más que el miedo fué grande la curiosidad.

—Sí.

—Mira.

Vió primero un reflejo, luego un gran ciervo de diez ramas. Erguía su cabeza, y golpeaba la yerba con su pezuña. Sus ojos brillaban como la estrella roja de Ares; el deseo levantaba sus flancos nerviosos. Se acercó á la náyade, y apoyó sobre su espalda su boca tibia. Syringa sintió el ardor de Eros en este ágil huésped de las selvas y quiso retroceder. Pero quedó oprimida contra el tronco de una encina: el vigoroso animal acariciaba su pecho blanco y su espalda comparable á la de la argentina Hebé. De igual manera el fiero toro, en la

playa fenicia mezcló su aliento con el de Europa pálida.

Syringa lanzó un grito de pavor. El ciervo la miró aún con sus ojos brillantes, levantó sus cuernos frondosos y como una nube se perdió.

—Has visto una de las formas del dios Pan, susurraron los follajes, pero tomar puede también la forma humana.

Syringa estaba palpitante. La mirada del ciervo ardía en ella como en un hogar el fuego. La vida eterna la excitaba al abandono de sí misma para bien de los seres que nacerían después. Deseó ver á Pan

bajo la forma humana, y muy quedo lo dijo á los follajes.

Entonces, en medio de una sombra azul apareció un rostro de hombre. Tenía la barba ahorquillada y cuernos en la cabeza; su cuerpo estaba cubierto de un pelo hirsuto; sus piernas eran las de un cabrío. Y su mirada resplandecía con la misma llama roja que había resplandecido en los ojos del ciervo.

—Syringa, hija trémula de las aguas y de los prados, tu destino será feliz como el de Echo, á quien doné Iynx, y como el de Aega que concibió á Egipán. Soy el gran dios del porvenir: mis descendientes poblarán la tierra cuando los de Zeus, de Poseidón y de Phoibos huyan á las moradas tristes y sean desdeñados por los hombres. Ven, ninfa de hermosas trenzas, seremos felices sobre el césped profundo. Nos uniremos para hacer más misterioso el bosque.

Dijo, y Syringa desdeñó su cuerpo velludo y su cabeza con cuernos, se irguió sobre sus piés ligeros y quiso huir hacia el río de hermosos remolinos... Pero el dios le obstruyó el camino. Ella levantó los brazos al cielo y suplicó:

—¡Zeus, padre muy grande y muy glorioso que reinas en lo alto del Ida, y tú, Phoibos, conductor de la luz, y tú río divino que me diste vida! tened piedad de mí, no me dejéis caer en manos de este dios brutal.

—Es vana tu súplica, Syringa, contestó el dios Pan, porque dueño soy de las ninfas salidas de los ríos. Es insensata porque rehusas la felicidad.

—Cambia de forma... gimió la ninfa, me repugnan tus piés de cabrío y tu pecho velludo.



—Es la forma bajo la cual quiero ser padre... no existe otra más bella.

Syringa huyó hacia la colina. Saltaba como la yegua que aun no conoce el yugo del hombre; él la seguía como el fiero caballo, rey de las manadas. Salvaban los pastos, los collados y las llanuras donde habitan los hombres que se alimentan con trigo. Y atardecía, y los árboles proyectaban sus sombras cuando tornaron á ver el Ladón, cuyas quiebras habían cruzado.

Pan entonces gritó:

—Detente, Syringa. Teme correr á tu perdición esquivando el decreto de Eros. El río mismo no podría protegerte, y por haber desobedecido al destino, serías semejante á una yerba estéril.

—Que me convierta en una caña, respondió, antes que ser la madre de un sátiro.

Dijo, y delante apareció el río, enrojecido por el crepúsculo. En un momento pareció que Syringa iba al fin á ser alcanzada, pero ya se había arrojado al río. Pan tendió los brazos, tocando á la ninfa fugitiva. No tenía en las manos más que una caña larga y flexible.

El Aeda dejó de hablar. Las ninfas continuaron calladas. Estaban conmovidas; sus senos se levantaban suavemente.

Una luz violeta descendía por entre las ramas; el río cintilaba entre los cañales; las ranas cantaban con melancolía.

Lycaón prosiguió:

—El gran dios Pan cortó la caña, é hizo con ella la flauta que en las tardes hermosas es tan dulce oír. Así la ninfa muerta por haber desdeñado el amor, habla con la voz del amor, y la flau-



ta canta la eterna tristeza de las vírgenes que, como ella, mueren estériles. Porque son las muertas entre las muertas. Es preciso amar, vírgenes semejantes á las inmortales, aunque el amor tenga tanto de divino como de animal. Tiene piés de cabrío, y ojos de astros. Su cuerpo es velludo, pero su alma es sublime. Las que lo hayan desdeñado no serán más que cañas querrellosas.



Dicen, añadió aún, que en las bellas tardes, cuando el aire está tranquilo y los ríos duermen como seres vivientes, las mujeres núbiles oyen cantar la flauta en las orillas de los lagos, de los ríos y de los pantanos. Es la melancólica Syringa que las exorta á no ser implacables consigo mismas, y á

saborear la dicha de ser conquistadas.

A estas palabras, todos los oídos volviéronse hacia el río. No se escuchaba más que el movimiento ligero de las ondas, y el ruido de los batracios y las hojas palpitantes. Pero Agameda, la coronada de rayos, murmuró con voz temblorosa, clavando sus ojos en el Aeda:

—Yo oigo la voz de Syringa.

Había dejado deslizar su velo, y á la luz de la luna se veía su garganta fresca. Escuchaba atenta la flauta flébil cuyo gemido percibía ella sola.

Lycaón sintió la llama suave y terrible por la cual viven y perecen las generaciones de los hombres, y que hizo salir los bajeles negros de la Achaia para recobrar á la hija de Leda de los Troyanos—domadores de caballos.

Y dijo:

—Es la voz del dios, virgen hechicera. Teme resistirle.

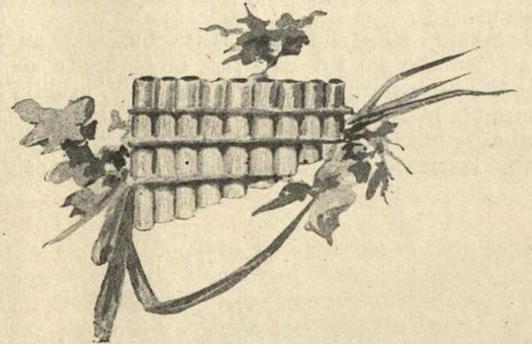
—No pretendo resistirle, respondió.

Se levantó, feliz de ser sometida, dejando caer su hermosa cabellera hecha de luz y de oro. Sus compañeras continuaron calladas, porque reconocían los designios misteriosos que no permiten discutir el sacrificio, sea de una virgen ó de una paloma.

Y el Aeda oró:

—Sénos propicio, dios de las flechas invisibles, que reinas soberanamente en Thespiis y que me has conducido á estas divinas riberas. Yo adornaré tu altar magnífico de Samos ó de Creta; mas, ¿podría efecerte una víctima más soberbia que ésta, una sacerdotisa más brillante y más digna de celebrar tus gloriosos misterios?

La voz y la lira enmudecieron. El Aeda se llevó en brazos á su presa desfallecida.



En tanto que tras los sauces, en la sombra embalsamada donde las falenas relucían como estrellas mortales, el Aeda unía su boca á los labios tiernos y vírgenes, el coro de las arcadias cantaba el bello himno de Afrodita, y el alma deliciosa de la Hélide que supo hacer de la belleza una gloria y del amor una virtud, flotaba, flotaba sobre las límpidas aguas del río, en el aire tan diáfano, que parecía que el cielo y todos sus astros tocaban la cima armoniosa de los árboles.

ENACRYIOS.

QUI REGNA AMORE.

En dónde estás? ¿de quién la sonriente
Luz de tus ojos calma la agonía,
Y de tu corazón la melodía
De quién responde al corazón latiente?
Pensativa en la grama, al libre ambiente,
Acaso das en prenda el alma mía?
O de la onda á la caricia pía
Cedes tu cuerpo en la fugaz corriente?
¡Oh! doquiera que estés, si voluptuosa
El aura ó la onda con murmurio lento
Te hace palidecer ó en tí se posa,
Es mi amor, él que en todo sentimiento
Vive y te busca en todo y no reposa,
Y te ciñe en eterno abrasamiento!

E. FERNANDEZ GRANADOS.

EL ALMOHADON DE UNA MUCHACHA.

[Traducido expresamente para 'El Mundo Ilustrado.']



Nineta era la chicuela más encantadora del mundo. Sobre pasaba en belleza y en transparencia á esos deliciosos niños ingleses pintados por Joshua Reynolds ó por Sir Thomas Lawrence, esos niños cuyas carnes parecen hechas de rosas amasadas con leche; si no hubiese tenido un delantal negro, recortado á tiras, se la habría tomado por un querubín, pero es sabido que los querubines no usan delantales negros. Sus hermosos, límpidos ojos, cándidamente asombrados, abrigaban debajo de las franjas de sus cejas un cielo más azul que el otro cielo, pues por este no pasaba jamás una nube. Es inútil decirnos que su madre estaba loca por ella: una madre encontraría soportable al mismo Quasimodo, y Nineta era una blonda esmeralda que no había sido educada entre truhanes.

Su graciosa cabecita encerraba un espíritu encantador,—espíritu de siete años se entiende,—y su dulce, pequeño y albo seno un buen corazoncito que palpaba con la narración de acciones bellas y que se enternecía con las desgracias, ya fueran ciertas ó imaginarias; porque si bien Nineta amaba mucho á las muñecas, amaba todavía más los cuentos, y sobre todo los cuentos de hadas, que son tal vez los únicos cuentos verdaderos.

Los que la atraían más eran esos hermosos cuentos en que se ve acudir á las hadas para dotar á una princesa recién nacida, unas en una cáscara de nuez tirada por escarabajos verdes, otras en una carroza de corteza de alcornoque arrastrada por ratones enjaezados con telas de araña, ésta en aerostato hecho de una pompa de jabón con un copo de algodón por canastilla, aquélla montada en un rayo de luna cuidadosamente pulido. Nineta suspiraba por los tiempos en que todo eso pasaba y se preguntaba por qué las buenas hadas ya no concurrían en torno de las cunas infantiles, cual si ella no hubiese estado tan ricamente dotada como todas las princesas de los cuentos de Perrault ó de Madame d'Aulnoy!; pero Nineta era modesta é ignoraba que las hadas ya no hubieran tenido gran cosa que darle.

Cierta día, Nineta, sentada junto á su mamá sobre un cojín que ella misma había bordado, hojeaba un libro lleno de sus cuentos favoritos, cuando lanzó un suspiro como una palomita sofocada y arrojó el volumen con un gesto de impaciencia y de mal humor.

—¡Oh, yo quisiera también un talismán maravilloso, como el espejo mágico ó como la sortija del Príncipe Amado, que me advirtiese cuando hago bien ó hago mal; de esta suerte, sería siempre muy buena y mamá no me regañaría nunca!

Hallábase ese día, en la casa de la mamá de la Nineta, una dama, joven aún pero extranjera, y de un aspecto muy singular, aunque perfectamente bella. Su pálido rostro, de un óvalo quizá demasiado largo, era iluminado por sus ojos de una fijeza insoportable. Las estrechas cejas, de una negrura azulosa, uniéndose casi sobre la nariz, daban á su fisonomía algo de inquietante y que hubiera sido duro, á no ser la semi-somrisa que melancólicamente esbozaban sus labios de un encarnado muy vivo. Estaba vestida con un traje de terciopelo negro y llevaba, por todo ornato, un collar y brazaletes de coral. El contraste de estos dos colores eminentemente cabalísticos contribuía á hacer más resaltante el carácter sobrenatural de su rostro. En una época de supersticiones, hubiérasela tomado fácilmente por una monja ó por una walkiria. Sus movimientos, lentos y majestuosos, infundían respeto, y, en presencia de su tranquila y triste belleza, los espíritus más escépticos experimentaban una impresión involuntaria. Así, pues, no era

nada asombroso que Nineta tuviera para la dama extranjera una veneración mezclada de terror.

—Pero ya ahora no hay hadas, dijo Nineta volviendo á tomar su libro.

—¿Quién te hace creer tal cosa? dijo la dama con voz grave y resonante de notas de latón, y dejando caer de un golpe su magnética mirada sobre la chicuela, que se estremeció á pesar suyo.

—Pues parece que ya no las ha de haber, puesto que ya no se las ve nunca; ¡ay! y cómo hubiera yo querido encontrar á una, aunque la hubiese tenido miedo! encontrar á una buena hada vestida toda de estrellas y poseedora de una varita de oro fino, para que me concediera los dones que yo le pidiese!

Querida niña, lo que tal vez pasa, es que hoy las hadas se visten en la casa de Palmira, como simples mundanas; también gusta á las hadas seguir la moda, y los trajes constelados y los cinturones cabalísticos sólo servían en otros tiempos: empero la varita mágica no ha perdido nada de su poder sólo por haberse trocado en puño de sombrilla.

Mientras que así hablaba, parecía que las pupilas de la dama se iluminaban con una luz interior y lanzaban vivos fulgores; crecía su alta estatura y Nineta creyó ver como una especie de aureola en torno de la misteriosa amiga de su madre.

Mas como llegasen visitas que hicieron cambiar de conversación, la dama del collar coralino y del vestido de terciopelo negro, recobró su aspecto ordinario; no obstante, la extraña cuerda, tan pasajeramente herida, vibraba todavía en el alma de Nineta; la penetrante mirada de la señora*** la había traspasado, y no pudo menos que decirse en voz muy baja:

—¡Si la señora*** fuese una hada!

Algunos días más tarde volvió la señora*** en busca de la madre de Nineta y no la encontró en casa.

Nineta, sola en el salón, cosía alegremente para su muñeca, cortándole unas faldas de un viejo pañuelo de batista que la camarera le había dado. El espesor de la alfombra había ahogado los pasos de la señora***, de modo que pudo encontrarse muy cerca de Nineta sin que ésta lo hubiese advertido, tan ocupada como estaba en su labor. La chicuela lanzó un grito en cuanto advirtió, alzando sus ojillos, que la dama de las cejas de ébano se encontraba tan cerca de ella.

—¿Te he asustado, niña? interrogó la dama, usando de las notas más aterciopeladas de su voz.

—¡Oh, no! contestó Nineta en tono muy poco tranquilo.

—¡Tal vez te figuras que he descendido del techo ó que me hallaba oculta en el candil; quizá crees que he surgido de los vasos del Japón que adornan la chimenea, ó que he brotado del suelo entre fulgores de Bengala!

—No creo tales cosas, mas me hallaba tan absorta en mi costura, que no os había visto ni os había escuchado.

—En efecto, tengo el andar muy ligero, dijo la señora*** con singular acento;—cuando vivía en Java, que es mi país natal, hubo muchas gentes que juraban haberme visto atravesar un torrente sobre una telaraña.

A tan extraña aserción, Nineta levantó su lindo rostro, mitad asombrado, y mitad crédulo.

La señora*** vió que había impresionado á Nineta y le lanzó una mirada tan llena de poder y de calma, que la chicuela, subyugada, abandonó el muñeco relleno de paja, en el que vanamente ensayaba la maternidad, y se puso á cierta distancia en una actitud de fascinación admirativa.

—En Java, en aquellas selvas donde brillan las amarillas pupilas de la pantera negra, en donde las flores abren como urnas sus cálices enormes, en donde el árbol *upa* proyecta su sombra mortífera, en donde el pasto es rayado por el vientre de las serpientes boas y oprimido por los monstruosos pies del hipopótamo, en donde el murciélago-vampiro futea con sus alas velludas los aires cargados de miasmas, yo me paseaba sola, con un sombrero de paja, con un traje de muselina y con una varita en la mano.

—¡Una varita! ¿Entonces sois una hada? ¡Ya me lo había figurado! exclamó Nineta.

La señora*** no hizo señal alguna de adhesión, pero nada dijo que pudiera desengañar á la niña. La cual, alentada por tal silencio y con toda la ingenuidad de la niñez,—de esa niñez en que la fe es tan fá-

cil en medio de los primeros asombros de la vida,—preguntó:

—¿Y me podríais conceder una merced para hacerme mejor, tal como sucede en los cuentos de hadas?

—Si puedo, repuso gravemente la señora***. Cuando te acuestes esta noche, encontrarás un almohadón mágico en la cabecera de tu cama. Ese almohadón responderá á todas tus preguntas, pero consúltalo sólo para las cosas importantes y jamás por motivo de vana curiosidad, porque en este caso pronto enmudecería. Si durante el día hubieses hecho alguna cosa reprobable, verás cómo el almohadón no esperará que lo interrogues y cómo tomará la palabra espontáneamente; pero á nadie digas nada de esto, porque gusta á las hadas la discreción, y no es digno de sus favores quien no sabe guardar un secreto.

Regresó de la calle la madre de Nineta y se suspendió la conversación.

Ya os figuraréis cuán largo parecería el día á la chicuela; contaba las horas y los minutos; sus piececillos se estremecían de impaciencia sobre los barrotes de su silla; apenas respondía á quienes le hablaban, ó respondía equivocadamente. Creyó que ese día no tendría noche. Por fin, dieron las nueve y el timbre del péndulo pareció á Nineta más claro, más yocundo y más argentino que nunca.

Subió á su alcoba sin hacerse del rogar y cuando su cuidadora hubo retirádose, entreabrió las cortinas de su lecho con mano emocionada y trémula.

¡Oh prodigio! Aunque nadie había entrado en la alcoba de Nineta, el almohadón mágico hallábase allí, puesto delicadamente en la cabecera. Por lo demás, bastaba verlo para comprender que no era un almohadón ordinario. Para llenarlo, el *eider* de Noruega había proporcionado su plumaje más sedoso y más ligero; para envolverlo, Frisia había dado su tela más pareja y más blanca, bordada de un precioso encaje de Malines de dos dedos de ancho. Hay que agregar que, si decirse puede que un almohadón tenga su fisonomía, éste tenía un aire muy cándido, muy tranquilo, muy puro, muy benevolente; redondeábase de modo tan perfecto y exhalaba tan suave olor de lim-



pieza y de polvo de iris, que á la Actividad misma hubiera inducido á reposarse en él.

Después de haber dicho su plegaria, acostóse Nineta, enterrando, no sin cierta aprehensión, las rosas de sus mejillas en la nieve del almohadón. Con su gorrillo ornado de un olán de tul estaba tan bonita, «que daban ganas de comérsela» como se dice en estilo de lobo. Uno ó dos bucles de blondos cabellos escapábanse por bajo del gorro, con brillos y ondulaciones de seda sin paja. La chicuela hubiera querido desde luego trabar conversación con su talismán, pero se acordó de la recomendación que le había hecho la señora*** y tuvo la fuerza suficiente para no preguntar nada. Transcurridos algunos minutos y en el momento en que ya iba á dormirse, un murmullo casi imperceptible surgió del almohadón y las siguientes frases fueron dichas al oído de Nineta, pe-

ro tan quedo, tan quedo, que sólo podía oírlos, aún cuando en la pieza se hubiesen nallado otras personas.

—Nineta querida, ¡cuán impaciente, nerviosa y preocupada estuviste esta tarde! Más de veinte veces te dijiste á tí misma: «Yo quisiera que ya fuera de noche.» El tiempo es el que ha hecho la eternidad: ¿por qué querer violentar su marcha? Cada hora llega á su justo tiempo, hasta la más esperada. Si Dios te hubiera escuchado cada vez que has querido precipitar el tiempo, tu vida se hubiese acortado cuando menos de la mitad. Lo peor que se puede hacer para amargar el presente, es desear el porvenir!

Después de estos consejos, calló el almohadón y Nineta no tardó en dormirse. Tuvo los sueños más hermosos del mundo; creyó encontrarse en un paisaje cuyas praderas eran de lana con árboles de aserrín y con casitas de madera de Spá, poblado de muñecos de resorte tan bien articulados, que sus movimientos parecían naturales; luego el paisaje se borró y Nineta sintióse transportada al reino de Perla-Nácar en un palanquín hecho de hilos de la virgen y llevado por dos colibríes de gran librea; por fin, sentada en un trono de diamante, vió á una mujer de una belleza maravillosa, que tenía un pequeño niño parado sobre sus rodillas; tenía el niño como cicatrices en las manos y una raya roja en el costado. Miraba á Nineta con una expresión tan amistosa y tan dulce que pareció á la chiclela que volvía á encontrar al hermano que, no obstante, nunca había tenido. La divina madre dejó caer sobre Nineta una mirada inefable, y dijo:

—Si eres buena, jugarás eternamente con mi hijo en el jardín del Paraíso y tendrás mueblecitos de oro fino y de cristal de roca y juguetes de todas clases, tan bien pintados y tan bien barnizados como no los tienen ni los hijos de los reyes. ¡Y podrás romperlos cuantas veces quieras sin que por eso dejen de conservarse nuevos y completos!

Sueños así acompañaron agradablemente á Nineta hasta su despertar. Jamás desempeñó sus deberes ni estudió sus lecciones con mayor atención que ese día; jamás fueron más parejos ni más claros los puntos de su costura, cosa importante, porque el trabajo manual, por humilde que sea, nunca debe ser desdenado por una muchacha, aun cuando se encuentre en posición de no necesitarlo para vivir.

No repetiremos todas las conversaciones de Nineta con su almohadón, porque sería muy largo; tan sólo escogeremos algunas.

Un día, en pleno invierno, había caído mucha nieve durante la noche y todo el parque estaba enharinado: los árboles envueltos en terciopelo blanco, con sus ramas desligadas y brillantes, simulaban un inmenso trabajo de filigrana de plata, y los pájaros que con el vivo frío saltaban sobre la nieve, imprimían en ella pequeñas estrellas con sus patitas. Para ir á la iglesia, envióse Nineta en su *palatina* bordada de plumaje de cisne, escondió sus manos en el manguito juntas con su pañuelo y su libro de misa, é hizo su trayecto sin sentir las inclemencias de la estación más que por el peso, un tanto acre, que la brisa puso en sus mejillas. A cierta distancia de la iglesia en el recodo de una esquina y sobre algunas briznas de paja que había recojido, tiritaba un niño, apenas cubierto de miserables andrajos cuyos múltiples agujeros descubrían su carne desnuda. Ocultaba una de sus manos entre sus pies, tratando de calentarla algo, y tendía la otra, temblorosa, á las gentes que pasaban.

Cuando Nineta estuvo cerca de él, repitió su ruego en tono lamentable:

—¡Una caridad, señorita, por favor!

Primero, Nineta quiso detenerse; pero era preciso sacar sus manecitas del manguito, y además quería llegar á la iglesia entre las primeras; así pues, respondió:

—¡No tengo suelto! y siguió adelante.

Pronto dispuso la impresión de piedad que la había causado la miseria del pequeño mendigo. El objeto no estaba ya delante de sus ojos y muy especialmente en la edad de Nineta es muy cierto el proverbio: italiano: «Lontano dagli occhi, lontano dal cuore.» ¡Es tan nuevo y tan maravilloso el espectáculo del mundo para una imaginación de siete años!...

Por la noche, se acostó Nineta vagamente descontenta de sí misma; aunque había olvidado la escena de la mañana, tuvo mucha dificultad para dormirse y se volteó veinte veces sobre el almohadón, sin lograrlo. Entonces el atormentado almohadón tomó la palabra:

—¡Qué mal hiciste esta mañana, Nineta! Faltaste á la caridad y dijiste una mentira, bien sabías cuando dijiste: «no tengo suelto.» que en la punta de tu pañuelo, del lado de la cifra, llevabas atadas cuatro piezas de á cinco sueldos nuevecitas y relucientes. Una sola de esas piezas hubiera salvado tal vez la vida de ese pobre niño que no tiene ya padre ni madre. ¿Temías llegar tarde á misa? ¿Pero crees que en tal caso el buen Dios se hubiera disgustado? El que trabaja, ora; quien da limosna ora por sí mismo y por la persona á quien más ama. Por otra parte, tú no caminabas aprisa por cumplir tus deberes religiosos, sino para alcanzar sitio en primera fila y para que

así todo el mundo viera tu *palatina* bordada de plumas de cisne que te regaló tu buena madre.

El almohadón decía la verdad, porque la javanesa de pestañas de ébano le había dado el poder de leer de corrido en el fondo de las almas. Nineta, confusa y arrepentida, se durmió con el espíritu agitado y pesado el cora-



zón, y tuvo sueños inquietos y penosos, como los tienen las malas conciencias.

Esos sueños fueron horribles, lúgubres. Creyó ver al pobre mendigo sobre sus cuatro briznas de paja; el cielo era negrísimo y la nieve caía en copos densos; la capa gélida se tupía cada vez más sobre el infeliz, hasta que lo cubrió por entero. En vano intentaba Nineta libertar al pobre niño del mortal abrazamiento del frío; con sus manecitas abría la nieve á diestra y siniestra, pero siempre en vano; ella misma empezaba á sumergirse y el glacial lecho llegábale ya hasta las rodillas. Por fin pasó una mujer vestida con una túnica color de rosa y un manto azul y levantó al niño y puso á Nineta en terreno firme. El mendigullo, sacudiendo la nieve prendida en las irregularidades de sus harapos, apareció todo esplendoroso é iluminado; unas marcas rojas fulguraban en sus manos, como flamas, y miró á Nineta con reproche y con tristeza, diciéndola:

—¿No quieres ir á jugar conmigo en las praderas celestes é ir á la eternidad, á correr en pos de las mariposas que tienen manchas de diamantes en sus alas?

El pequeño mendigo á quien Nineta había rehusado una pieza de á cinco sueldos era nada menos que el niño Jesús, que la había puesto á prueba.

Tal soñó Nineta y tal lección le bastó para siempre, de suerte que ya nunca respondió á ningún pobre: no tengo suelto. Aunque nevara como en el Monte Blanco y aunque lloviera como durante el Diluvio, Nineta se detenía para buscar en el fondo de sus bolsillos el sueldo pedido. Por ello la señora *** la hablaba con su más acariciadora voz y con su más linda sonrisa.

Otra vez, el almohadón la dió otro consejo utilísimo. Se acercaba el día de los premios; Nineta estudiaba su piano con el mayor celo; recomendaba veinte veces la misma sonata hasta que salía á su gusto; martirizaba sus dedos como si hubiese querido entregarse á los prodigios de Liszt ó de Dreyschock. Y todos estaban encantados con ella, su mamá, su maestra, sus amigos, menos el almohadón.

—Sin duda,—díjole al oído una noche,—la emulación es hermosa y la música es un arte divino; pero ¿es precisamente el amor al arte y al deber lo que te hace estudiar con tanto ahinco desde hace dos meses? ¿No es más bien el deseo de apenar á tu pobre amiga Lucía que, según parece, obtendrá el premio y que cuenta ya con él? También tengo que advertirte otra cosa: tu tocas solamente con tus dedos y con tu voluntad, mientras que Lucía toca con su alma; y aunque fueras cien veces más habil que ella, ella te vencerá, porque solo llega al corazón lo que del corazón brota.

Lucía compartió el premio con Nineta.

Gracias á su consejero de plumas y de tela de Holanda, Nineta tornóse, en fin, la más encantadora personilla que seña pueda el amor de una madre; hizo una primera comunión ejemplar, y el cuerpo de Dios fué en esa vez el alimento de un ángel.

Cuando Nineta alcanzó la edad del matrimonio, el almohadón le dió igualmente buenos consejos. Dos jóvenes visitaban la casa de su mamá, ambos honorables puesto que la visitaban, pero de caracteres muy diferentes. Uno era espiritual, brillante, pero algo vanidoso, algo superficial y más preocupado de su indumentaria de lo que conviene; el otro, más modesto, menos ruidoso, pero lleno de talentos y de sólida instrucción.

Nineta, al principio, prefirió al primero; es natural, pues el traje se mira antes que el corazón, el

guante antes que la mano. Pero el almohadón la hizo cambiar de sentimiento.

—Alfredo es honesto sin duda; mas mientras él corre por los bailes, vela Eugenio á la luz de su lámpara y estudia y medita, de suerte que al amanecer se acuesta con el corazón satisfecho y el espíritu lleno de buenos pensamientos, el otro, en cambio vuelve á su casa con el cuerpo rendido y el alma vacía ó ocupada por fantasías frívolas. El patrimonio del uno sólo podrá disminuir; el del otro aumentará siempre, y aunque fuera pobre, siempre será considerado porque costumbres puras y trabajo tenaz, unidos á un buen ingenio natural, necesariamente hacen célebre á un hombre. Eugenio sólo amará á su mujer y á sus libros. Todavía no se ha atrevido á hablarte, pero yo leo en su corazón como en el tuyo.

Eugenio era, en efecto, el que la madre de Nineta había escogido para marido de su hija.

En la noche del matrimonio, la dama javanesa penetró en la alcoba nupcial y, al ver que el blanco almohadón todavía se encontraba en su lugar, dijo sonriendo á Nineta.

—Me has creído más hechicera de lo que soy en realidad, niña mía;

el almohadón que te dí no es, como todos los otros almohadones, más que un saco de tela lleno de plumas, que nunca dice una palabra. Has tomado por su voz á la voz de tu conciencia, que te hablaba en el recogimiento de la noche, tu imaginación ardiente forjaba aquella ilusión... Creíste oír lo que tú misma pensabas; y dime, ¿no vale eso más que la sortija del Príncipe Amado y más que todos los talismanes posibles? Ahora, tu razón está formada y tienes ya un marido que responderá á todas tus preguntas y que esclarecerá todas tus dudas.

Ya no necesitas el almohadón, quítalo, y guárdalo para tu primera hija.—THEOPHILE GAUTIER.

LA CANCIÓN DE MI PUEBLO.

«¿Viste el país donde el limón florece?»

GOETHE.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso como una pandereta; su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso, y del Genil radiante mi pueblo delicioso, se baña en la onda inquieta.

Mi pueblo está cercado de huertos y olivares, de viñas y jardines; sus blancos campanarios semejan palomares; y en él dan las guitarras sus plácidos cantares, su aroma los jazmines.

Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente, el pájaro canoro, la cincelada torre, la reja floreciente y el vino generoso, el vino reluciente, que lanza rayos de oro.

Es un verjel soñado, feliz nido de amores, mi pueblo dulce y bello: poblado está de notas, perfumes y colores, de pechos entusiastas y rostros seductores de mágico destello.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso, como una pandereta, mas ¡ay! que en su brillante regazo bullicioso hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso: ¡el alma del poeta!

MANUEL REINA.

DE STECCHETTI

Minister vetuli puer falerni Inger mi calices amariore.

CAT. Carm.

De largos cantos la nota suena; Purpúreas rosas caen de mi frente Y el negro esclavo mi vaso llena De vino ardiente.

¡Loco! de amores pisé la senda Y amé con toda la fuerza mía... Rogué, y en vano; larga y horrenda Fué mi agonía...

¡Loco! aun anhelo que ella me ame, Que arda en su seno de amor la llama... Lanzan sus labios sonrisa infame, Miente y no ama!

Fé y esperanza mató el Destino; ¡Ay! por mí mismo de luto vengo... Paz á los muertos... Dame más vino. ¡Cuánta sed tengo!

E. FERNANDEZ GRANADOS.

Páginas de la Moda



FIGS. 1, 2 Y 3.—GRUPO DE TOILETTES DE CALLI.

¿ESTA DEGENERANDO NUESTRA RAZA?

Este es un asunto que indudablemente nos toca muy de cerca y cuya atenta consideración obliga á todo aquel que de corazón desea la prosperidad de su país. Francia reconoce hoy que sus ciudadanos son físicamente inferiores á los que vivían en los días de Napoleón, y lucha con el problema de hallar los mejores medios para contrarrestar esa degeneración. Otras naciones harían bien en estudiar cuidadosamente este problema, y si encuentran causas que tengan probablemente esta influencia degeneradora, ponerse luego á destruirlas. Los hombres del futuro son los muchachos de hoy, y lo que son los muchachos de hoy serán los hombres del futuro.

En nuestro país es evidente que la degeneración física va en aumento. Los médicos examinadores del ejército informan que un número mucho mayor que de costumbre de jóvenes que trataban de alistarse en el ejército, han sido rechazados por alguna incapacidad física para hacer el trabajo que se esperaba de ellos.

Cuando consideramos el enorme aumento del consumo de bebidas alcohólicas y de tabaco en la última década, podemos formular una idea con respecto á algunas de las causas de la degeneración.

El alcohol y el tabaco no son de ningún modo los únicos agentes que contribuyen á la destrucción de nuestra raza, pero tal vez son los mayores factores. La introducción del cigarrillo nos ha traído un ejército de fumadores jóvenes. Hoy pueden verse en las calles de nuestras grandes ciudades veintenas de niños de cuatro años arriba, y á veces más jóvenes, que fuman cigarrillos. La influencia del tabaco sobre el delicado sistema nervioso del niño todo puede ser menos benéfica.

De un editorial del *Medical Age*, de Diciembre, sobre «La salud de los niños.» tomamos lo siguiente: «Un médico inglés que ha hecho el exámen físico de cien muchachos de una escuela pública; ha producido una tierna consternación en los ánimos de muchos de los que se interesan por la educación, por la extrañeza de sus informes. De estos cien muchachos, cuya edad variaba de trece á quince años, treinta y nueve estaban abajo de la altura media, cincuenta y

tres abajo del peso medio, sesenta y ocho abajo de la medida media del pecho, sesenta y tres estaban sujetos á deformidades, dos padecían hernia; catorce tenían vericocele, y veinte y dos padecían albuminuria.

Parece difícil dar crédito á tales informes. El inglés, tal como le conocemos, no carece de vigor, y ordinariamente sale en extremo bien cuando se compara su fuerza vital física con la que es tipo en otras naciones. Su gusto por los juegos y ejercicios atléticos y al aire libre, le han escapado según es de suponerse, de los vicios debilitantes que han promovido la degeneración física en las nacionalidades más débiles; y sin embargo se halla que estos cien muchachos son en su mayor parte un lote de raquíticos, que en algunas comunidades salvajes se habían dejado perecer entre los incapaces, y en Grecia ó Esparta habría sido limpiado de la mala yerba por algún sistema de selección más rápido en su modo de obrar que lo es la selección natural.

«Puede inferirse con mucha razón que algo semejante está pasando con nuestros niños. No faltan quejas de alteraciones de salud en nuestros muchachos de escuela, y á la edad de catorce ó quince años,

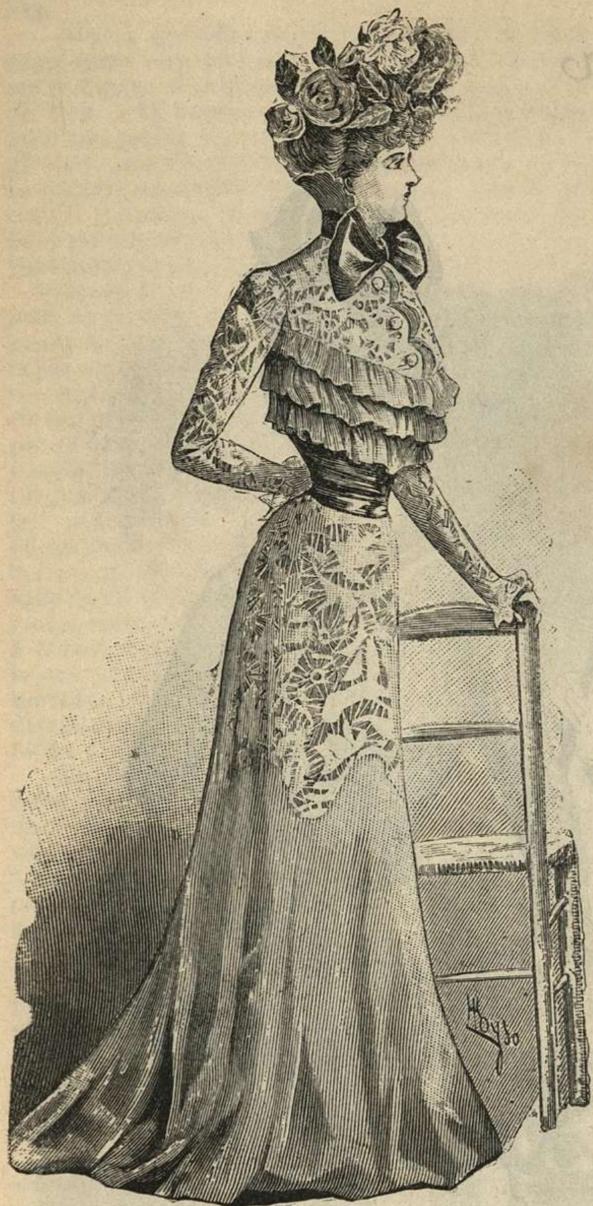


FIG. 4.—TRAJE AZUL DE CALLE.



FIG. 5.—TRAJE DE MUSELINA PARA PASEO EN COCHE.

fácilmente se ponen constipados, con músculos flojos, y atacados de anorexia nerviosa. Que la ciencia médica no puede preservar bastante á los así dañados se echa de ver por las estadísticas de las compañías de seguros. Estas demostrarían que no ha habido adelanto en la vitalidad media. Además, si causas congénitas fueran las bases de esta situación, ¿no deberían hallarse en las niñas tanto como en los muchachos ejemplos de estas tendencias físicas á retrogradar? Es muy conocido que nada de esta clase se echa de ver en las niñas. En Inglaterra especialmente se dice que las niñas son más robustas, más sanas y más fuertes que lo que sus madres alguna vez fueron. Disfrutaban de vigorosos juegos al aire libre. Parecen haber aprovechado en alto grado de la protección impuesta por las concepciones sociales y sanitarias del día. ¿Por qué los niños no disfrutaban de la ventaja correspondiente?

NUESTROS GRABADOS.

FIGS. 1, 2 Y 3.—GRUPO DE TOILETTES DE CALLE.

Son tres encantadores modelos de suma elegancia. El primero está formado por una falda plana y lisa de satén negro ceñida con cierta holgura al talle con un cinturón. El cuerpo forma una blusa abierta caprichosamente sobre una camisola de batista plissé, sobre la cual cae una corbata fantasía. Jockeys bordados de forma muy nueva.

La segunda es de puntillé de seda con una túnica redonda, cuerpo con reminiscencias de bolero y un plastrón de guipure.

La tercera forma un estilo capricho de la más encantadora novedad, de sarga plomo con grandes bastillas onduladas que recorren la falda y el cuerpo.

FIG. 4.—TRAJE DE CALLE AZUL.

De velo azul claro con una gran aplicación de blonda en el cuerpo y en la falda, forinando en aquél tres series de volantes ondulados.

FIG. 5.—TRAJE DE MUSELINA PARA PASEO EN COCHE.

Lleva una túnica que cae en dos puntas hacia el frente y hacia la espalda. Jacquette redondo ondulado en ambas alas abierto sobre una camisola de muselina con tableados verticales.

FIG. 6.—TRAJE DE MUSELINA BLANCA PARA PASEO EN CARRUAJE.

Lo hermoso de este traje consiste en el bordado de gran dibujo, que figura una jacquette redonda abierta sobre un cruzamiento de bandas de muselina.

FIG. 7.—TRAJE DE CREPE DE CHINA.

Lleva una hermosa aplicación de chantilly y forma una túnica. La falda inferior es plissé. Camisola tableada.

OTRO PAGO DE \$8,125 DE "LA MUTUA" En Maravatío, E. de Michoacán.

Timbres por valor de \$8.14 cs. debidamente cancelados.

Recibimos de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de \$8,125.08 cs. plata mexicana, así: \$6,000 suma asegurada, y \$2,125.08 cs. por devolución de los premios pagados, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza número 576,431 bajo la cual estubo asegurado el finado señor Alcibiades Marvan, y para la debida constancia en nuestro carácter de beneficiaria la primera, y el segundo como tutor de los menores María Dolores, Manuel, Rosalía y Felix Marvan, también beneficiarios nombrados en la póliza, extendemos el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Maravatío, Estado de Michoacán, á 3 de Abril de 1899.

Firmados.—J. M. SANTANA.—ROSALIA S. V. DE MARVAN.—Rubricados.

Un timbre de 50 cs. debidamente cancelado.

El Licenciado Urbano Torres Pallares, Notario Público.

Certifico: que las firmas que anteceden y calzan el precedente recibo, fueron puestas á mi presencia por la señora Rosalía Santana, viuda de Marvan y por el señor José María Santana, una y otro, personas de mi conocimiento, quienes declararon ante mí ratificar dicho recibo.

Y á pedimento de los interesados y para la debida constancia, extiendo la presente en Maravatío, á 3 de Abril de 1899.



FIG. 6.—TRAJE DE MUSELINA BLANCA PARA PASEO EN CARRUAJE.



FIG. 7.—TRAJE DE CREPE DE CHINA.